Ecos de un hogar roto

Valeria Caballero Pavón



entre letras con Valeria

Ecos de un hogar roto

ECOS DE UN HOGAR ROTO

Valeria Caballero Pavón

Copyright © 2026 Valeria Caballero Pavón
Todos los derechos reservados.

Para más información, visita las redes sociales de la autora: @entreletrasconvaleria
(entreletrasconvaleria@gmail.com)

Para quienes fueron testigos del derrumbe
y aún viven entre los escombros…

ADVERTENCIA

Esta novela aborda temas sensibles como el suicidio que podrían resultar incómodos para algunos lectores.

ÍNDICE

PREFACIO

Cuando empecé a escribir, a mis veinte años, mi primera novela, *Ecos de un hogar roto* , pensé que llegaría a estar tocada por la gracia. Pero pronto comprendí que era más acertado decir por la desgracia, y ya no tocada, sino herida. Atravesada por una puñalada de la que no me podría deshacer, por un sentimiento tan profundo y tan vasto que llegó a impregnar toda la obra.

Es una historia formada, por supuesto, de pedazos entrañables, de lo que culpo a mi juventud, y con tanta generosidad de ofrecimiento que no busca gustar o ser resuelta. Busca estremecer. Es una historia que no se lee, se sobrevive; como se sobrevive entre el dolor, la ausencia y los recuerdos.

Demuestra que incluso lo roto merece ser contado. Hay dignidad después del derrumbe. Porque transmitirlo, aunque sea a través de ecos, ya es una forma de resistencia. Una forma de negarse a vivir entre los escombros.

Un principio de esperanza.

✶✶✶

"Valeria Caballero Pavón nació en el año 2005 en la provincia de Cádiz, donde es actualmente estudiante de Filología Hispánica y Estudios Ingleses. Como puede suponerse, durante su carrera ha leído muchos clásicos que la han marcado. A pesar de no contar con obras previas que la respalden, la literatura que existe antes de la publicación la ha acompañado desde siempre. Finalmente, esta biografía que estás leyendo es parte de su primera novela:

Ecos de un hogar roto ".

Estoy cansada de sentirme atrapada en la vida perfecta de alguien que no soy yo. Quiero volver a mi vida, pero se me ha olvidado cómo era. Cansada de ser encasillada por los demás. Permitidme ser un bicho raro. No me apetece escribir bien, solo expresarme.

Esto que leerás a continuación no sé lo que es. La novela parece rebelarse ante su clasificación en un solo género literario. Lo que sí sé es que es mía. Y que no fue siempre bonita. Tampoco, coherente. Pero sí, real.

Tan real que duele.

✶✶✶

Hay cosas que no sabía que sentía
hasta que las escribí y me dolió leerlas.

–Elena Poe.

✶ ✶✶

Tan real que me encuentro atrapada entre sus páginas desde que la escribí; las palabras se desbordaron como ecos en busca del último rincón de mi alma. Cada una, aquí escrita, fue elegida meticulosamente, pero, ¿para revelar u ocultar? Tendrás que descubrirlo.

Por tal motivo, te advierto. Te encuentras ante el umbral de un hogar roto, una vez que entres, sus escombros cubrirán tu corazón. Entonces, la casa comenzará a formar parte de ti, y tú, de ella; florecerá en tus entrañas. Ahora, la decisión es tuya: ¿consumirás la lectura sobre un infierno que se siente ahí, muy cerca, incluso en uno mismo?

La casa te está esperando.

✶✶✶

Julio de 2024
Septiembre de 2025

✶✶✶

INTRODUCCIÓN

En las noches sin estrellas, nos perdemos.

Era una noche oscura, tan oscura que resultaría imposible revivirla con claridad. No parecía haber despedido el día, parecía una despedida para siempre. En una noche sin estrellas, salí en busca de pasajeros, cuando el cielo no ofrecía guía, conduciendo a ciegas.

Arriba, distinguí un ave. A través de la lluvia negra, sobrevolando el bosque negro. Parecía una golondrina; pero grande y negra. Un cuervo, tal vez. Vi sus ojos y creo que también me vio.

Entonces, apareció el eco de una estrella, con un brillo que quizá no vi, pero que tal vez otros recuerden. En tal caso, no debí acostumbrarme a la oscuridad, porque llegó esa luz y cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, casi sentí erizárseme la piel al vislumbrarla. Ahí, en la memoria compartida del resplandor, se me insinuó la posibilidad de no estar tan perdidos como creemos.

–¿Cuál es su destino?

La encontré desorientada, junto a la carretera; a una anciana con las manos entrelazadas sobre el pecho y la vista hacia arriba, como si también hubiese visto al ave.

Iba vestida con un abrigo acolchado renegrido –el color negro seguía insistiendo en aparecérseme en circunstancias tales que atraían mi atención–, demasiado grande para su cuerpo encogido, cubierta del cuello a los pies.

Los pies, desnudos, cubiertos de barro. Y el pelo, rebelde, recogido en un moño despuntado. Tenía los cabellos entrecanos y cierta belleza en su cara blanquecina llena de concavidades; parecía una calavera a la luz.

Entre sus brazos temblorosos sostenía algo parecido a un álbum de fotos. A sus pies, la acompañaba una vieja maceta de crisantemos y una maleta pequeña, como de alguien que ya no tiene mucho que llevar consigo.

Permanecí un rato inmóvil, únicamente observándola; ella tuvo que intervenir para que reaccionara. Me informó de que esperaba el transporte al asilo, pero que no tardaría mucho en irse de allí, porque su marido vendría a buscarla.

–Mi marido siempre fue puntual. Vendrá a por mí.

Con la ternura incómoda de no atreverme a acabar con su ilusión, me ofrecí a llevarla. Ella, mordiéndose las mejillas, hizo muecas nerviosas, mostrando la dentadura, en lo que me pareció un intento de sonrisa.

Ya desde el asiento trasero, me dijo que era escritora. No con orgullo, sino con el tono de quien revela un secreto pesado. Me habló de una historia inconclusa que tenía en mente desde hacía años, y de unas cartas que nunca llegaron a enviarse.

–¿Te parece que te cuente esa historia?

Me dio la sensación de que, desde el inicio de nuestro encuentro, ella se estuvo preparando para preguntarme aquello. Luego, señalaría: "Es difícil de contar" y, al novelar en voz alta, salvaría del olvido todas las cosas que estuvo rememorando y unas cuántas más. Resultaría de aquello un cuento discontinuo, formado de verdades y mentiras, como todos los cuentos.

Yo me sorprendía con sus palabras en la garganta, como si debiera cargarlas, las tragaba sin llegar a comprenderlas. Parecían incoherentes al principio, pero más tarde fueron adquiriendo sentido. Le cedí toda mi atención. Es sorprendente lo que puede dispersarse un relato cuando se descubre una luz de atención en otros ojos.

Confieso que traté de alargar el trayecto. Lo hice aturdido. Algo no estaba bien. Vacilaba. Hacía lastimosos esfuerzos por recordar. Aunque su voz sonaba inexpresiva, venía cargada de agua, como nubes atormentadas.

Para entonces, la lluvia aún no había cesado, pero al final estaba amainando. Caía desganada sobre la carrocería del automóvil. Un sonido reconfortante, casi considerado. Yo no lo recuerdo, pero ella dice que ya había llovido de esta forma desconsolada antes. De aquello hacía ya mucho tiempo, pero aún ella lo recordaba.

Algunas de las víctimas de la inundación habían sido halladas a unos kilómetros de distancia, hacia donde nos dirigíamos . Coincidencias caprichosas se dan de vez en cuando. El error está en que nos empeñamos en buscar un motivo; se nos hace duro admitir que tengan ellas el suyo propio.

(La novela recoge aquí fragmentos de conversación con la singular función de revelar la verdad y la confusión que no encuentran otro modo de expresarse).

–De esta manera no he hecho más que cargar con pasados y más pasados a mis espaldas, y si una vida de por sí me resultaba demasiado pesada para llevarla siempre a cuestas, imagina tantas vidas, cada una con su pasado y los pasados de otras vidas…

–Entonces, ¿por qué insiste en repasar lo que ocurrió hace tanto tiempo? ¿Por qué no simplemente vivir del presente? ¿Por qué tiene que

apremiar al pasado de ese modo?

En ese momento determinado, me resultó inaguantable no estar mirándola a los ojos; me atreví a alzar la cara y sorprendí su mirada fija en la mía, ahogada por las lágrimas. Lágrimas discretas, como si llevara años practicando cómo romperse en silencio.

No me pareció que sus ojos lánguidos de cordero degollado buscaran consuelo. Me aparté de esa mirada horripilante, preguntándome qué hacer, pero no me dio tiempo a pensar nada. Tocar su brazo con la punta de mis dedos, dejando de prestar atención en la carretera unos segundos…

Con el diluvio no vi al perro.

El impacto fue inmediato.

A veces, cuando pienso en la muerte y me pregunto qué pasa después, los recuerdos son mi respuesta.

¿En qué pensará uno antes de morir?

¿Qué recuerdos escogerá?

¿Qué haces mirando hacia arriba si no hay estrellas?

El final siempre sorprende, aunque esté escrito desde el principio.

Un familiar desaparecido, desespero.
Dos muertos, pena.
Tres, miedo.
Cinco, caos.
Seis, culpa.
Siete, soledad.
Ocho, aceptación.
Ocho.
Ocho cuerpos.
Ocho historias
que la tierra de mi jardín
se esfuerza en enterrar.

PRIMERA PARTE: DESESPERO

✶1✶

¿Quién eres? ¿A dónde voy? ¿Estás llorando?

No sé por qué me miras tan fijamente a lo lejos. No sé por qué lloras. No recuerdo tu nombre, pero sí tus ojos. Todavía puedo sentir el rastro que dejaron tus manos sobre las mías, que nos queremos, ¿por qué te he hecho llorar? No consigo alzar la voz para suplicarte que me acompañes, no reacciona mi cuerpo.

De pronto, todo aquello me parece cómico, absurdo y risible. Sin poderla contener, empiezo a reírme como entre coágulos. Me atraganto. Tengo algo atascado en la boca del estómago. No sé qué es, pero siempre está ahí. Nadie me da golpes en la espalda, mientras yo, avergonzada, toso hasta soltar lágrimas, aquellas que terminaron cayendo de tristeza. Entonces, paré de reír. Me dolía el pecho. Por más que respiré profundamente, no se me quitó. Tenía miedo.

✶2✶

–¿Cuál es su destino?

–¿No lo hablamos hace un momento?

El taxista se encoge de hombros, acompañado de una pequeña torsión del cuerpo. Frunce el ceño en un gesto de incomprensión. Luego, abre levemente la boca, pero no dice nada, y acaba moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

–Ah, claro… Perdona. A veces, se me hace tan difícil recordar lo que ha pasado hace apenas un segundo… No distingo si fue hace años –entonces, puede ser que no nos reconociéramos porque los tiempos, claro, no coincidían–. En mi mente tropiezo con imágenes, pero sin fecha. Por eso me resulta tan difícil luego ordenar la memoria, entender lo que estaba antes y lo que estaba después. Todo se mezcla. Tampoco diferencio lo que digo en voz alta de lo que pienso para mí. Es una sensación de vértigo interior, que agrava la confusión de todo.

✶3✶

La historia comienza con una anciana sentada en la parte trasera de un taxi sin saber del todo hacia dónde se dirigía.

(Esta novela no presenta personajes con nombres propios; esa mujer se llama “anciana”, predominantemente “protagonista”, otras veces, “yo”. Ten cuidado: podría ser una trampa. No sabes mucho más de ella, pero ya te sientes empujado a meterte de lleno en su historia).

Sus manos descansaban sobre una especie de álbum, aunque no contenía fotos en el sentido tradicional. De este sobresalían trozos escritos de papel, texto sobre texto, cartas en su mayoría.

El tiempo fue borrando el apellido “Espinosa” que alguna vez estuvo bordado en el frente. La cubierta era de cuero, antes brillante, ahora agrietada. Aparentaba haber vivido más que su propietaria.

Ella trata de encontrar algo en él, siempre con la misma determinación de apuntar cosas que le parecen urgentes, siempre garabateando palabras sueltas en papeles sueltos, como si con ello pudiera encontrar respuestas que su memoria ya no guarda.

Al recorrer las páginas envejecidas, localiza una frase:

“Este diario está de luto por los que aún no han muerto”.

La lee en voz baja. Luego, descubre el bolígrafo, aún con tinta. Lo agarra con torpeza, pero determinación, y escribe en un sobre sin remitente.

✶4✶

“Me pesa advertir cómo tu figura se pierde a lo lejos y no consigo reconocerla. Por más que recuerde tu ida, no recuerdo tu nombre. Es como si el olvido hubiera sido selectivo, cruel. Por favor, no me pidas que pronuncie tu nombre, porque no, no aparece. Y sin embargo, dueles. Como solo duele lo que alguna vez fue parte de uno mismo.

Necesitaba un descanso, pero sin que me dejaras sola. Aunque tenga los dedos rígidos, aunque me cueste abrir los puños, aunque te duela… sin que me soltaras la mano. Yo también te necesito. Haciéndome notar que estabas a mi lado, porque si no, te pierdo. Mi cuerpo casi no responde y mi mente hace un tiempo ya que dejó de hacerlo.

Tener una enfermedad mental es como un zaszaszas que se te mete ahí dentro, y te golpea, y te golpea, y te golpea. Alucinaciones, voces, paranoia, ataques de terror, retraimiento social. Un terremoto que remueve tu interior. En medio del descontrol tu cuerpo no puede aguantar los temblores. Todo continúa como si nada pasara, mientras tú te encuentras atrapada bajo los escombros.

No pierdas la paciencia conmigo, no grites, no llores. No entiendo qué he hecho, pero intento disculparme y no puedo. Siento no haber despegado mis labios en esta despedida. Alguna lágrima recorrió mis marcados pómulos, pero no la viste. Es imposible explicarle a una persona sana la lógica de un enfermo”.

✶5✶

Cuando termina, dobla el escrito con cuidado y lo sumerge entre las demás hojas; como si al hacerlo, sellara una última verdad.

–¡Nunca te olvidaré! –susurró y la estupidez del gesto la devolvió a la realidad. Por supuesto que no la olvidaría. Entre madre e hija eso no hay ni que decirlo.

La anciana ahora echa las manos a su maleta.

"¿Qué vendría a buscar aquí?...

¿Otra pastilla?...

¿Para tranquilizarme o para espabilarme?...

Mi mente vuelve a presentarse como una página sin escribir, en blanco; ya estoy acostumbrada, así me descubro a menudo. ¡Qué silenciosa desesperación la de buscar algo que no recuerdas!".

Rindió su búsqueda para continuar revisando aquellas páginas mediante movimientos lentos, como si cada palabra que rozaba despertara fantasmas del pasado.

"La tormenta que se llevó a mi marido".

La anciana no pretendía estamparse con eso por el momento; sin embargo, a veces las cosas vuelven sin poderlas esquivar. Quizá todo consista en dejarse despistar y ya reaparecerá. Ella insiste. Siempre ha tenido demasiado miedo a olvidar.

No obstante, le da pánico lo que pueda seguir recordando durante esta noche. Pero no va a torturarse con esa angustia, porque de todos modos volverá y ahora estamos en otra historia, que quién sabe si será otra; esta noche todo está relacionado.

–Tengo miedo –expresa para sí–, voy a enloquecer.

A decir verdad, podría ser que ya estuviera loca. Dentro de ella, siempre se han escuchado pasos, respiraciones, sollozos. Mas , lo negaba. Asomo de locura, puede ser, pero no, no, todo casaba en su cabeza. Palabra por palabra. Es como si hubiera en ella una parte perturbada que en el fondo fantaseaba con lo que pudiera estarle esperando. Aunque la mayor parte solo se preguntaba cómo sobreviviría a aquello.

Sin prisa, fue alzando el rostro hasta clavar sus ojos en los del conductor a través del espejo retrovisor. Entonces, con una voz ligeramente rasposa, preguntó:

–¿Te parece que te cuente una historia?

El joven asintió en silencio.

(Ahora la anciana goza de toda nuestra atención; hace ya unas páginas que esperas que este personaje tome forma, y es tu espera de lector la que empuja a la autora hacia ella, y también yo me dejo arrastrar por su historia. Confianza con nosotros no tiene; no es confianza lo que ofrecemos, más bien, una provocación a mentir).

–Sé que no llegarás a comprender mucho de lo que estoy a punto de expresar, y lo lamento. He ignorado tanto mis sentimientos que he empezado a perder la memoria. La demencia que el dolor produce cuando no puedes soportarlo…

…Mi dolor comenzó, hasta donde recuerdo, con la casa. He vivido allí gran parte de mi vida y aún me han quedado puertas por abrir y cosas por descubrir. Durante años odié esa sensación, esa incomodidad que me hacía sentir mi propio hogar. La casa sabía algo que todos alguna vez intentamos olvidar y procuraba que no escapáramos de ello.

✶6✶

¿Alguna vez te has preguntado el porqué será que nos atraen tanto los relatos tristes si solo sufrimos mientras los leemos?

¿Será que urgimos habitar ruinas ajenas para que el dolor propio quede oculto entre escombros ajenos?

A lo mejor así es como saciamos la necesidad de derrumbarnos.

¿O será que nos resulta simplemente placentero?

No, no creo.

Eso sería extraño.

✶7✶

De entre las demás escrituras desgastadas del diario, apareció un cartel que se mostraba, aunque arrancado con rabia, conservado con cariño. La anciana lo reconoció de inmediato.

Era uno de esos antiguos carteles impresos en blanco y negro, con las esquinas marcadas por las grapas oxidadas que alguna vez lo sujetaron. Encabezado por la palabra “desaparecido”, la imagen había sido borrada por el tiempo, como si la tinta también hubiese acabado olvidándolo.

–Uno de los protagonistas en esta historia fue un muchacho desaparecido, mi hermano. No hubo despedidas, ni siquiera advertimos su ausencia. Ocurrió como si la casa misma se lo hubiera tragado. Yo siempre mantuve la sospecha de que aún vivía, oculto en algún rincón secreto, entre las paredes. En aquella casa, donde residíamos entre puertas cerradas.

El silencio se volvió denso, como en una habitación sin ventanas.

–Tiempo después de su desaparición, encontré manuscritos suyos que parecían dejados a propósito para que yo los encontrara. Cada vez que pronuncio esas palabras regresa la voz perdida de mi hermano.

✶8✶

“Una cosa referente a mí es que todo me avergüenza. Pareciera, la vergüenza, mi sombra. No importa cuánto me esconda que siempre me encuentra.

Comer frente a alguien conlleva una humillación; participar en una conversación, una provocación a la ansiedad. No es cuestión de timidez, es un rechazo a ser visto. Evito ser percibido.

Me pesan demasiado las miradas sobre mí.

Odio tener que sobreanalizar la forma en que camino, en que posiciono las manos, ¿qué hacen cuando no pienso en ellas? Odio tener que pensar en cómo ocupo el espacio que siento que no merezco.

Este es mi mundo, en el que me siento atrapado. ¿De qué otra forma podría sentirme si no soy capaz siquiera de resolver el lugar que ocupo en él?

Me parece que yerro al respirar”.

✶9✶

“Estoy en el autobús de vuelta a casa. Sentado entre dos personas que han empezado a discutir de forma acalorada. No parecen notar que estoy en medio. Al gesticular, me golpean. No se disculpan. Suben nuevos pasajeros. Me empujan. No me miran.

El autobús se detuvo en la siguiente parada. Al salir, le dí las gracias al conductor. No reaccionó de vuelta. Me pregunto si fue porque lo dije demasiado flojo o porque pensaría que soy raro.

Caminando, accidentalmente, mantuve contacto visual con alguien que venía de frente. Me distraigo. Me desconcentro. Y entro en pánico. Me molesto . Esta vez. Decido intervenir. Pero, ¿qué le voy a decir? No importa. Quiero intervenir.

“Hola, ¡qué tenga un buen día!”. Se ríe. ¿Por qué? ¿Pensaría que soy raro? No importa. La conversación continúa. Y todo marcha bien. Muy bien. Demasiado bien.

Parece mentira.

Porque lo es.

Nada cambió. Sonreí, pero tampoco reaccionó de vuelta. No puedo evitar preguntarme si fue porque no sonreí lo suficiente o es porque soy invisible.

Espero ser invisible”.

✶10✶

“Hoy es tu cumpleaños, y me pesa no estar ahí, a tu lado.

Porque, ¿estuve? Parece una pregunta tonta, pero por un momento pensé que podíais ver a través de mí. Estoy casi seguro de ello. Sé que, tanto como yo, tampoco vosotros deseáis verme.

Y sin embargo, me pregunto: si hubierais sabido que nuestro tiempo juntos se estaba agotando, ¿me hubierais ofrecido una lágrima? ¿Me hubierais susurrado siquiera una despedida?

Nunca fui bienvenido. Nunca soporté quedarme.

Pero, en este caso, ¿me hubierais ayudado? ¿Me hubierais encontrado antes de que fuera demasiado tarde? Si todo estuviera por acabar, ¿me hubierais perdonado? Me aferro a imaginarlo.

Felicidades, hermanita”.

✶11✶

–En mis sueños, mi padre, mientras habla, sonríe a mi madre como si nunca se hubiera interpuesto otra cosa entre ellos dos que no fuera amor. En mis sueños, mi madre se sienta a la mesa con nosotros, en lugar de permanecer como una sombra que acecha desde la cocina. No cocina, no sirve. Nadie discute. Comemos juntos, reímos juntos. En mis sueños, mi hermano me comparte sus sentimientos, yo lo escucho con atención. Nunca nos convertimos en extraños. No hay puertas cerradas. En mis sueños, somos una familia sin nombre ni carga, una feliz. En mi cumpleaños, soplaría las velas, pero no tendría que pedir un deseo…

…Sin embargo, la fantasía desaparece al despertar. Lloré en mi cumpleaños. Descubrí que mi hermano estaba muerto. Eso que permanecía allí, era un espectro. Ahora, era un hermano invisible. Y el mundo siguió su curso, indiferente, como si nada hubiera cambiado. Como si yo debiera estar feliz solo por ser mi cumpleaños, como si no me doliera el paso del tiempo, como si no me hubiera dejado atrás…

…¿Y si le hubiese restado importancia a los años de edad que nos separaban? ¿Y si me hubiese acercado más a él? ¿Y si me hubiese fijado en el brillo ansioso de sus ojos? Bastaba un abrazo, una muestra que evidenciara el amor. Entonces, quizá, mi hermano hubiese tenido algo a lo que aferrarse. Eso no se sabe, quizá habría desaparecido igual, pero no puedo dejar de pensarlo…

…Mi hermano abandonó su propio cuerpo para siempre. Ese que debió odiar tanto porque lo traicionaba, al igual que lo hacía su familia. ¿De qué tamaño debió de ser su dolor? Nunca sintió que perteneciera a ningún lugar, y cuando alguien vive sintiendo eso, la vida entera puede percibirse como un sacrificio por no desaparecer…

…Dentro del desatendido buzón encontré cartas fechadas de hace años. Algunas marcadas como urgentes, pedían abrirlas de inmediato. Nadie lo hizo. Mi hermano desapareció y ni siquiera nos enteramos…

…Mi hermano mayor. El que reprimía la ira de mi padre, el que le limpiaba las lágrimas a mi madre. El que me contaba historias antes de dormir, el que se hubiese arrancado el corazón del pecho si se lo hubiese pedido. El que se desvivía por los demás, sintiéndose egoísta. Mi hermano mayor. El cansado , el roto, el desaparecido entre tantos secretos. Mis disculpas incompetentes van dirigidas hacia él… “Por todo, perdóname, hermanito”.

…¿Acaso estoy preparándome para empezar a olvidarlo? Me asusto, siento culpa. Entonces, cierro los ojos y vuelvo a pensar en él. Las imágenes se multiplican. Recuerdo que cuando estaba de ánimos, lo que no ocurría con frecuencia, él dibujaba y yo me sentaba horas enteras a curiosear. Entonces, mi hermano vuelve a estar vivo…

…Esa evocación me hace sentir mejor, pero no puedo evitar pensar en que tuve parte de la culpa. De lo contrario, ¿por qué nadie me contaba nada? Hubiera dicho que yo misma era el fantasma, la invisible…

…He repasado incontables veces lo que había hecho, dicho e incluso pensado el día de la desaparición. Mi hermano y yo nos peleábamos de vez en cuando, ¿quizá ese día? No, me quedé vagando hasta que se hizo de noche, porque en esa casa no hay mucho que hacer más que amontonar el resentimiento en las entrañas y eso yo ya lo tenía. Había estado durmiendo, soñando con un pájaro…

…Al despertar, ya se había ido. Me dejó una llave envuelta en papel de servilleta con mi nombre garabateado, sin instrucciones. Tal vez quiso que descubriera por mí misma qué abría. Tal vez pensó que, como a él, me guiarían los ecos de la casa. O que el misterio sería suficiente para mantenerme allí. Lo tomé como una promesa, nunca me separaría de ella hasta descubrirlo…

…Los bosques que la rodean siempre han sido incómodamente silenciosos, como si estuvieran a punto de romperse en confesión, pero nunca lo hicieran. Pensé que en algún momento los crujidos de la casa me darían la respuesta a todas las preguntas sobre mi familia que solo ella conocía. Y ahora, cada vez que caminaba por sus pasillos, la llave me quemaba en el bolsillo. Como si aún quedara algo, o alguien, esperando ser descubierto.

✶12✶

–A lo mejor no debería estar contando esto. Ahora que prácticamente solo quedaba yo, sentí la necesidad de saber la verdad, descubrir la historia al completo, averiguar qué les pasó a los demás. Sin embargo, alguien en mí se preocupa por que la propia historia pueda ser el problema…

…Tal vez culpamos tanto a una maldición familiar que la encarnamos. Pero es que cuando acechas la casa, entiendes que no es posible que se cumpla, sino inevitable. Era preferible, más seguro, alejarse…

…La casa empujaba hacia su interior a quien se acercara, como si lo hubiera estado esperando. Ningún organismo vivo lograba mantenerse cuerdo si pasaba mucho tiempo dentro. El aire permanecía estancado como si la casa contuviera el aliento. Daba la sensación de que no se respiraba, sino que se tragaba. Se metía dentro e iba corrompiendo y corrompiendo…

…Quizá eso es lo que debimos haber hecho antes…

La anciana era consciente ahora de que se había equivocado, por fin se daba cuenta de que había pretendido apresar fantasmas ilusoriamente entre papeles sueltos; pero pronto, para qué vamos a engañarnos, su cabeza volvería a balancearse, de un extremo a otro.

…De cualquier modo, creo que al crecer rodeados por la muerte, nos acabamos acostumbrando a ella. Y pensé que tú querrías saber sobre la historia de la que formas parte.

✶13✶

La casa se levantaba en soledad rodeada por un bosque que la fomentaba a aislarse del mundo, a acumular demencia en su interior. Llevaba así décadas, y las paredes permanecían derechas; los ladrillos, sobrepuestos.

Asimismo, algunas puertas permanecían cerradas, pero hay llaves. Por supuesto que hay llaves. Sótano, habitaciones y pasillos, ¿también pasadizos secretos? Si te atreves a explorarla, encontrarás de todo; quizá luego lo lamentes, pero lo encontrarás. Creerás que has tropezado con el peor secreto, pero siempre hay uno más. Otro. Y otro. Nunca se descubre del todo el secreto de las casas que esconden la historia de quienes las han habitado.

Las ventanas eran ojos cegados por tablas. Algunas tejas habían descendido. La casa había sido, en otros tiempos, una divertida vivienda de ladrillos rojos. Ahora, los ladrillos se habían decolorado hasta un rosado desnutrido que se estaba ahogando tras lo verdoso de la maleza.

Una espesura de crisantemos había crecido a ambos lados de la casa. El vientecillo los zarandeaba. Como llovía días sin parar, habían perdido los pétalos, el agua les había arrancado los colores. Su aspecto descuidado aumentaba conforme se iban arrimando a la puerta principal.

Un porche inclinado hacia fuera resguardaba la entrada. Bajo este había montones de hojas podridas y sombras. Demasiadas sombras. El sótano era un penumbroso desorden de cajas. El suelo era de tierra y, como las hojas, desprendía un hedor a descomposición.

En el interior de la casa todo estaba hecho un desastre, solo se atendía a labores imprescindibles. Parecía que una granada había explotado, matando a todos, pero salvando sus pertenencias. Entre otras cosas, había un folleto de un asilo de ancianos dejado sobre la mesa.

A mí me gustan las cosas, pero en esa casa no sabían cómo tratarlas. La atmósfera se hacía pesada, y eso era culpa de las cosas, que estaban asfixiadas. En la casa no había nada anormal, simplemente había demasiado. Como un reloj con demasiadas manecillas marcando todas las horas al mismo tiempo.

✶14✶

(Me pregunto cómo será la imagen mental que te habrás formado; me pregunto si yo, que creo conocerla tanto, la habré visto alguna vez de la misma forma).

–De niña, la casa me fastidiaba de una manera que no podía expresar con palabras. Ahora lo sé: era miedo. El miedo se había instalado como un eco en cada esquina. Me daba más miedo estar dentro que fuera, me daba miedo lo cerrado, el miedo de los demás…

…Todavía soy esa niña que se pregunta por qué otros nacieron en una casa completa de amor, y yo nací en una completa de rencor . Por todas partes los desconchados abrían sus bocas melladas por la humedad en forma de gritos de aborrecimiento. El resentimiento sonreía en las cerraduras torcidas. En suma: odio, odio, odio…

…A veces, pensaba en huir. ¿A dónde hubiese ido? A una casa donde no se escucharan pasos cuando nadie camina. A una casa donde el silencio no estuviera encerrado en el comedor. A cualquier sitio, solo fuera de allí…

…Como no me atrevía nunca a fugarme, lo haría por dentro, sin hacerlo notar. Poco a poco, fui construyendo un refugio en mi mente. Un hogar imaginario, habitación por habitación, ladrillo a ladrillo. Cada noche, completaba esa imagen mental de forma minuciosa: baños sin espejos, relojes sin manecillas, puertas sin cerraduras. Con tanta precisión, que si llegara a existir ese lugar, no me perdería…

…A pesar de todo, me mantuve en aquella casa porque creía –aunque nunca lo he admitido– que mi hermano estaba enterrado en el jardín. No es una revelación extraordinaria, considerando que la casa es un cepo…

…Mi hermano me dijo una vez que cada Espinosa que alguna vez vivió está enterrado en algún lugar de la casa. Todos, de una forma u otra, han quedado atrapados entre sus cimientos hasta pudrirse y mucho después de eso. Nadie sale nunca y los que se van siempre acaban volviendo…

… Pero a él necesitaba encontrarlo. No por justicia, ni siquiera por consuelo. Por amor. La llave fue una excusa esperanzadora para quedarme. Para prolongar su presencia, para retrasar su olvido…

…Mi madre no era muy optimista, pero nunca dejó de creer que mi hermano estaba vivo; yo la escuchaba hablar de él con la abuela. Era como si estuvieran siempre alerta por si mi hermano volvía a casa…

…Los días que siguieron a la desaparición de mi hermano estuvieron tomados por la oscuridad. Aunque la casa tenía pocas ventanas, y las que

tenía eran bastante pequeñas, alguien las cerró todas con urgencia, casi impidiendo que allanase aire de fuera. Un calor denso lo ocupó todo, y empezamos a perder el sentido…

…Lo cierto es que el caso de mi hermano no fue un misterio sin resolver, sino una verdad que me pareció que nadie quiso investigar. “No sabemos nada”, me decían. No preocupaba en absoluto, como si existieran prioridades mayores en aquel momento. Al menos, eso sentí yo…

…Nadie excavó, como si el silencio fuera suficiente para enterrarlo todo. Y eso me enfureció. Aún me enfurece. Pero yo tenía manos, uñas. Y escarbé. Hasta que acabé por desenterrarlo todo.

SEGUNDA PARTE: PENA

✶15✶

A la anciana le parecía, cada vez que se asomaba a la habitación de su hermano, que hubiesen acabado estando muy unidos. Si no hubiera desaparecido, claro.

De la habitación de sus abuelos, recordaba un cuadro: una mujer mofletuda dedicaba una sonrisa a un hombre de buen talle, junto a ella, en la sombra. Él fue el jardinero de la casa original que heredaron.

Arrastraban una compleja historia, algo relacionado con una fortuna que no les correspondía, pero en aquel tiempo estaban ilusionados y se querían mucho. Aunque eran jóvenes, solo tuvieron una hija. La casa fue envejeciendo, se le hicieron reformas; dentro desbordaba, había demasiada gente. Todo esto parecía tan lejano…

Ahora, en la habitación abandonada, el retrato de los abuelos cuelga torcido en una pared empapelada de humedad. Una pena, pero complace pensar que los dos ya murieron.

✶16✶

La pareja estaba unida por una fe tan profunda que rebasaba los límites de la cordura. A él le enseñaron a rezar antes de aprender a hablar. El rosario, debajo de la almohada. Ella a veces dudaba de Dios, pero nunca dudó de su marido.

Este presumía de poseer un vínculo especial con lo divino. Transcurrían sus días completos de apariciones, siempre con la mirada hacia arriba. A él no le miraban ni le hablaban directamente, pero escuchaba sus voces y sabía que tenía que hacer lo que le dijeran.

Su esposa permanecía a su lado. Sin embargo, su fe iba transformándose en un eco ahogado en el mar de la desesperación. Aun así, por amor escondía sus dudas bajo una máscara de devoción que carcomía su fe.

A medida que los años transcurrían, la obsesión de él se agravaba, mientras ella temía por su estado. Él cedió a una enfermedad que lo consumió lentamente. Todas las mañanas, ella se santiguaba al despertarlo, acariciándolo como a un animal dormido, sin saber si le mordería o si estaría muerto.

A medida que las energías de él aminoraban , su dependencia divina aumentaba aún más. Continuaba buscando consuelo en las voces, ignorante del terror que se reflejaba en los ojos de ella, que observaba impotente cómo su marido se perdía en un mundo de fantasías religiosas.

Creía en Dios, por supuesto. Cuando lloraba, lo hacía de espaldas a las imágenes sagradas. No obstante, empezó a sentir que Dios no creía en ella. Guiada por la impotencia, en un momento determinado, le preguntó a su marido:

“¿Por qué, si eres el elegido, Dios te ha enfermado? ¡Estás sufriendo! ¿Por qué Dios iba a permitir eso?”, interrumpieron sus lágrimas. Él asintió y confesó:

“Porque fui yo quien le pidió que me eligiera”.

Esa noche tormentosa, mientras la lluvia azotaba con fuerza contra las ventanas y el viento aullaba a la luna, la respiración de él se volvió casi inapreciable. Ella, con el corazón roto, se acercó a él.

"¡Oye!", murmuró complaciente, "¿Quieres que rece contigo?". Los ojos de él se abrieron, se volvió hacia ella con ternura, "Sí, mi amor", dijo esforzando la voz, "Recemos juntos".

Y así, mano a mano, sus voces entretejieron una oración que entendía más de amor que de fe, hasta que el último aliento de él escapó. Cuando lo besó, ya se estaba yendo; y antes de que cerrara los ojos, le apretó la mano.

✶17✶

Me consuela pensar que
cuando el amor y la muerte se encuentran,
se reconocen y no discuten.
En otros tiempos, la muerte perseguía al amor,
pero siempre escapaba en el recuerdo de una promesa.
Entonces, el amor, que descubrió que es eterno,
aprendió a esperar para enseñarle a sentir.
Así, el amor ama hasta a la muerte
para que la muerte entienda lo que es morir enamorada.
Nadie sale intacto de un encuentro como ese.

✶18✶

En las noches que siguieron, ella miraba a la luna buscándolo entre las estrellas. Mientras sus ojos vacíos seguían su danza. No se permitía dormir porque, al cerrarlos, las promesas del amor que se muestran verdaderas con el arrebato de la vida quedaban atravesadas entre sus párpados. La mirada de un ángel.

Poesía es que siempre llevara al abuelo colgado de la cadena. Poesía que no está escrita.

En un momento de desesperación, tomó un bolígrafo y papel. Su mano temblaba mientras escribía: "Dios, si existes, escúchame ahora. Te necesito. Necesito tu amor, tu guía, tu consuelo. Pero si no existes, escúchame de todos modos. Necesito creer en algo, en cualquier cosa, para darle sentido a este dolor insoportable".

Ahora, amaba a Dios con la misma intensidad que lo culpaba. Siguió siendo creyente, pero sus rezos eran cartas sin remitente, escritas con lágrimas y rabia.

✶19✶

No se ha dado el día en el que el jardinero de la casa no haya acudido. Pese a ello, nadie lo saluda, ni lo invitan a entrar aunque lo pida. Todos fingen que no existe.

Excepto la abuela.

Después de que el abuelo faltara, empezó a hablar con sus mártires. La abuela se pasaba los días escuchando a las sombras que viven debajo de las camas o acechan detrás de las puertas.

La casa en realidad estaba llena de sombras. Se escondían entre los ladrillos. Había ojos por todas partes, bocas por todas partes.

A la abuela le metían en la cabeza ideas grotescas. Escarbaba en el jardín para coger huesos, hablar con los muertos. Incluso volvieron a crecer los hierbajos, los crisantemos llegaban hasta el patio de atrás.

Se empezaba a sentir la muerte por la casa, ya se arrastraba el silencio por los pasillos, y todo en su interior se encontraba a la espera del fallecimiento de alguien querido.

✶20✶

–Antes de dormir, mi abuela y yo nos arrodillábamos al lado de la cama con las palmas de las manos juntas y todas las noches rezábamos un cuatroesquinitastienemicama…

…Antes disfrutaba dormir con ella, pero ahora temía girarme y ver las arrugas del dolor adentradas en su cara. Su rostro se había apretujado como un puño cerrado. Yo quería a mi abuela, pero su agonía me ponía los pelos de punta. El cáncer estaba haciendo más que matarla: la empequeñecía , la humillaba. Nunca hablamos de ello, y a veces pienso que debimos hacerlo…

–Quizá seas inmortal, abuela –le dije yo con un nudo en la garganta.

–Quizá –me respondió con una sonrisa tranquilizadora.

✶21✶

…En su último día, parecía extraordinariamente feliz, me dijo que se sentía más cerca del abuelo. Hoy recuerdo aquel ayer sin mañana. Esa noche me hubiese gustado que alguna queja, de vez en cuando, me hubiera delatado su presencia; empero, al no oír nada, la angustia me despertó...

…La luna apartó la mirada de forma respetuosa; en su lugar, los pájaros espiaban por la ventana, agrupados en el marco, como si comentaran lo que había pasado…

…Me vieron despertar junto a su cadáver, pero, ¿ distinguirían mis lágrimas negras sobre nuestras sábanas blancas? ¿ Percibirían el dolor en el temblar de mi voz mientras trataba de pedir ayuda; percibirían también la forma en la que pretendía no dejarla ir con mis susurros? O, ¿pensarían que la maté yo?...

…Dormía a su lado cuando caí en un sueño en el que ella, envuelta en luz, vino a mí para prometerme que estaría mejor. En un intento fallido de consuelo, porque me quedé con el tono de despedida de su voz. Ojalá entonces hubiera reaccionado, pero me hice presa de mis huesos paralizados por el desorden de un corazón que buscaba espacio…

…Aunque bombeaba su misma sangre, chocaban nuestros latidos; y había demasiadas mariposas que no hubo forma de cazar. Al final, las dejamos volar, porque la vivacidad de sus colores no merecía permanecer escondida en la oscuridad…

…La dejé volar, porque, aunque tenía miedo de perderla, deseaba ver sus alas. Tanto latió su corazón que ahora solo quedaba intemperie en su pecho. ¿Por qué al menos no me alcanzó la voz en ese sueño para poder pronunciar una despedida? ¡Oh, Dios!, ¿por qué no me ofreciste la opción de entregarle mi vida? Desperté, y ya la había perdido, lo que me pareció por segunda vez.

✶22✶

Piensas que nunca te va a pasar,
imposible que te suceda a ti,
que eres la única persona del mundo
a quien jamás ocurrirían esas cosas,
y entonces, una por una,
empiezan a pasarte todas,
igual que le suceden a cualquier otro.
–Paul Auster.

✶23✶

–Mi madre pidió ayuda a los vecinos para sacar el cuerpo todo colgajo de la abuela. Yo soltaba gemidos lastimeros mientras se llevaban el cadáver, alaridos que habrían hecho llorar hasta al más cruel de los monstruos…

…La muerte de mi abuela me partió el corazón. No podía entender que se marchara cuando la necesitaba tanto. ¿Cómo se iba a morir si teníamos que pasar juntas mucho aún?...

…La realidad era que había muerto. Era vieja y ya le costaba demasiado callar las cosas. Merecía descansar. Tal vez fue lo mejor. Ahora a mí me tocaba enfrentar el miedo a olvidarla. Pedí que no le quitaran su cadena; yo me quedaría con nuestro diario:

"En tu primer cumpleaños has andado sola, pero no podemos contárselo a tus papás todavía, ellos deberían haber sido los primeros en presenciarlo. A menudo, deseo que el abuelo y tú os hubierais conocido. Hoy nos has hecho muy feliz a los dos. No recordarás este cumpleaños porque eres demasiado pequeña, pero estás teniendo un día maravilloso, está siéndolo para todos los que te amamos".

–A partir de ahí, fueron todo garabatos. Me escribía sin falta, pero su pulso empeoró.

–Ahora ya sabía lo que era el dolor, eso que desde el corazón te llena todo el pecho con un silencio que te acompaña siempre. Ese silencio que, en un principio, te promete protección, y con los años, lo descubres asfixiándote como algo enormemente dominante en tu interior. Cuanto más esperes, más se fortalecerá y te convencerás de que tú tuviste la culpa de dejarlo entrar. Para cuando te arrepientes, ya no puedes ni hablar. Te has convencido de que nadie va a escucharte…

✶24✶

…Esperé a que descubrieran el dolor en mis ojos y se responsabilizaran , pero no lo hicieron. Si me hubieran preguntado: "¿Qué podemos hacer para que te sientas mejor?", habría reaccionado sorprendida. Nunca se me ocurrió que pudiese pedir ayuda, nunca me la ofrecieron…

…Recuerdo llorar durante la cena, mientras todos estábamos sentados en la misma mesa. Aquello daba la impresión de ser un velatorio. Recuerdo sentir el impulso de querer derramar los vasos, romper los platos, clavarme los cubiertos en los ojos. Mis hombros temblaban de tristeza, pero ninguno apartaba la mirada de su comida…

…Recuerdo empezar a llorar por frustración, pero siempre acababa llorando por emociones reprimidas. Considero que cuando uno llora, nunca llora el ahora, sino por todo lo que le faltó por llorar en el pasado…

…Me estaba matando el silencio, pero comprendí que la vida de forma inevitable seguiría empujándome hacia delante. Entonces, razoné que las cosas no salen mal solo una vez, siguen cada vez peor y peor, hasta que todo se acaba arruinando. ¿Acaso hay algo en la vida que no concluya en algo más triste?...

…En momentos como este siento que me preocupo demasiado por todo, pero sé que en un rato no me importará nada en absoluto. Ya estoy demasiado vieja como para seguir buscando una balanza…

…Aunque es cierto que nunca dejé de buscar un hogar, en otras personas, en otros sitios. Es más, sigo buscando ese hogar dentro de mí misma, debe de estar en algún lugar entre todos los horrores…

…Hay quienes nacen para formar una familia, otros para trabajar, otros para viajar por el mundo. Yo tenía el lastimoso papel de aspirante. Imposible huir de él. No sabía si era yo extremadamente sensible o la vida, insoportable…

…No puedo hacer que los demás sientan de mi misma forma. Ese es mi castigo, toda la vida me la he pasado queriendo que me quieran. Sé que tengo la capacidad de apreciar más las inquietudes de los otros que ellos mismos. ¡Qué egoísta me siento de sufrir algo que no es mío! Pero, ¿qué sería de mí sin ello?

✶25✶

Para ese entonces, nuestra protagonista empezó a hacerse cortes. Algunas veces porque experimentaba sentimientos tan fuertes que no encontraba otra forma de expresarlos, sino a través del dolor físico. Otras veces porque sentía todo demasiado y eso la ayudaba a no sentir nada. Y otras porque simplemente se sentía bien y tenía que recordarse que no merecía eso.

Se convirtió en su forma de afrontar el dolor emocional, pues le posibilitaba visualizar las heridas que ella misma nunca dejaba cicatrizar. Incluso, en una especie de impulso automático. Era ya parte de su cotidianeidad. Se volvió su refugio y su condena.

Una vez, acabó en el hospital:

–¿Qué haces aquí, pequeña? Tú no eres lo suficientemente mayor para saber lo desagradable que resulta la vida. Tú eres muy chica para saber cosas tristes –maldijo el doctor que me atendió–.

–Por supuesto, usted nunca ha sido una niña –incluso yo, a veces, me olvidaba de que solo era una niña.

–Era una niña, pero antes incluso de ser persona, una chica. Soy una chica; y las chicas, a veces, tenemos que soportar cosas que no nos agradan, solo porque somos chicas; así lo dicta el invisible contrato de nuestro género…

✶26✶

…Aún recuerdo la impresión que me dio la primera vez que me depilé, me convencí de que nunca más lo haría. Depilarse no dolía solo por el tirón, dolía por lo que significaba. La promesa de belleza femenina. Seguí depilándome porque si no, me sentía mal, descuidada. Si no me depilaba, había ropa que no me ponía, planes que no hacía. Y sin embargo, cuando veía mi piel enrojecida, pero lisa, me sentía más mujer, pero más triste también. El cuerpo convertido en territorio enemigo. Sentía que era una farsante, que estaba traicionando a alguien. Aunque no por deseo, sino por mandato…

…Censuramos el deseo, repudiamos nuestro deseo, porque somos chicas. Mi comportamiento era deshonesto, me gustaban demasiado las mujeres. Se supone que las chicas solo nos fijamos en el interior, me siento culpable, soy tan lujuriosa…

…Y me angustiaba tanto pensar en la maternidad. El cuerpo penetrado, deformado, desgarrado, abierto. Nunca quise ser madre. Sangrado, cicatrizado, agotado. Y sentía que debía disculparme por ello. Imposición, deber, renuncia, sacrificio. Soy una buena chica y sentía que si no era madre, estaría negándole a alguien la oportunidad de vivir. Leche agria, vómito, sudor rancio. ¿Cómo no iba a querer formar una familia?…

…Tengo una, solo una vida, ¿no? Pues quiero que sea solo mía, aunque a veces quiera la de otro. ¿Era egoísta por querer mi vida para mí sola? Siento que estoy luchando por una vida que ya ni quiero vivir. El no poder morir cuando más lo necesitaba fue la mayor injusticia que se ha cometido conmigo, y conmigo se han cometido muchas. No obstante, me consolaba que ese día en que todo se acaba llegaría, porque era lo único de lo que podía estar segura, de que ese día llegaría…

…Pero por ahora, estaba condenada a persistir. Sentada en la cama, contemplaba la vida con pesar. Es tan agotador, y sin embargo todos vivimos, todos buscamos algo que nos dé consuelo. “Ojalá mañana despertara con unas ganas de vivir gigantescas, tanto que olvide el no querer estar aquí”.

✶27✶

“Puedo con esto”.
“Puedo con esto”.
“Puedo con esto… aunque ya no quiera”.
“Aguanta un poco más”.
“Aguanta un poco más”.
“Aguanta un poco más. ¡Solo un poco más!”.
“No pasa nada”.
“No pasa nada”.
“No pasa nada… aunque todo pase”.
“No voy a rendirme hoy”.
“No voy a rendirme hoy”.
“No voy a rendirme hoy”.
“Mañana será otro intento”.
“Quizá mañana duela menos”.
“¡Shhh! No pienses tanto”.

✶28✶

Ella no tenía demasiados sueños. Los niños que provienen de familias disfuncionales solo sueñan con llegar a tener un hogar.

Esa noche, soñó que elegía una estrella en el cielo para nombrarla en silencio como su guardiana y contarle sus secretos. Cada noche, salía a despedirla; hasta que decidió pintarla en los techos negros de la casa para que la guiara con su luz en las noches oscuras.

También soñó que había llovido y, en un charco, su "yo del futuro" la saludaba a través de su reflejo asegurándole que todo estaría bien. Entonces, ella puso las manos bajo el agua y le pidió a cada gota que se llevara una preocupación.

¿Cómo haría ahora para despertar del sueño sin sufrir?

Sol, cruel, directo a los ojos. Había olvidado echar la cortina la noche anterior. Intentó darle la espalda, pero estar tumbada de ese lado ya no era cómodo. Y, sin embargo, juraría que la postura era la misma, creo que siempre dormía así. Pero era inútil, no podía volverse a dormir. Ya era de día. Se incorpora y la habitación se tuerce. Echa los pies fuera de la cama.

✶29✶

–Después de la desaparición de mi hermano, pasé mucho tiempo en su habitación. En el fondo, esperaba encontrar un diario, una nota personal. Cualquier cosa. Pero solo había notas de clase, escritas con letra apretada. Además de las pinturas que hizo durante sus estudios; ahora las examino de una manera distinta, buscando revelaciones. En sus estremecedores autorretratos parecía guardar un secreto…

…Todos me advertían sobre que no entrara en su habitación. Creo que esperaban a encontrarlo muerto para finalmente poder sellarla . Nunca le creí, pero él me dijo que había pasadizos secretos; y ahora que me había dejado una llave, era el momento de descubrir la verdad…

…La casa era extraordinaria, como si la hubiera diseñado yo misma, con una distribución complejísima; resultó estar interconectada por diversos pasadizos. Las pinturas en las paredes delataron que mi hermano había estado ahí antes que yo. Pero no olvidemos de qué se trataba en realidad: se trataba de esconderse. Tal vez suene como si tuviera un plan, pero no tenía ni idea de a dónde me llevaría todo aquello.

✶30✶

Estoy revelando diferentes historias a la vez porque busco, con el efecto narrativo que intento adoptar, que se sienta una saturación de otras historias que podrían contarse, y quizá contaré, y quién sabe si no las he contado ya.

Una novela llena de recuerdos que quizá no sean sino los míos propios, entre los que uno se puede mover en todas las direcciones encontrando siempre historias que para contarlas se necesitaría primero contar otras.

Y es que la historia de mi familia no puede leerse en línea recta. Es un enredo de historias mal contadas. Nacimos tarde para saber la verdad al completo, pero pronto para poder escapar de ella.

TERCERA PARTE: MIEDO

✶31✶

A la anciana nunca le gustó el sótano porque sabía que en la oscuridad de allí abajo se escondía algo. Era una niñería, por supuesto, lo decía su padre, pero aun así no conseguía deshacerse de esa idea. Su olor parecía intensificarse hasta llenar toda la casa. Era el olor de algo que no sabría describir con seguridad, como a porquería de pájaro.

Resultará obvio más adelante, pero sus padres nunca le contaron ninguna de estas historias. Quizá su hermano lo habría hecho, pero a los adultos no les gustaba sacar a relucir el pasado.

A la anciana solo le quedaba el recuerdo de la habitación de su padre a través de la cerradura. Al descubrir los pasadizos, entró por primera vez después de lo ocurrido.

En medio de la habitación había una silla separada del escritorio. No podía dejar de pensar que, en cualquier momento, aquella silla caería y allí estaría su padre. Aunque petrificada de horror, se quedaría allí. Ansiaba superar, de algún modo, su muerte y encontrar alguna manera de seguir viviendo. No de olvidarlo, sino de hacerlo menos desgarrador.

En el escritorio había una carta que la devolvió a la escena que intentó olvidar durante mucho tiempo. Después del suicidio de su padre, su mente volvía una y otra vez sobre el hecho mismo.

Porque en torno al suicidio, incluso en los casos en que se deja una carta aclaratoria, hay siempre misterio. No eran cosas que hubiera sabido expresar para entonces; en su mente, las ideas siempre han sido confusas.

¿Por desespero?

¿Por pena?

¿Por miedo?

¿Por caos?

¿Por culpa?

¿Por soledad?

¿Por aceptación?

¿Cuántas maneras hay de suicidarse? Demasiadas. Pero ninguna como la del que se ahorca, que no tiene en cuenta al pobre desgraciado que intentará en vano aupar el cadáver.

✶32✶

–Si los muertos pudieran ver, aquella tarde mi padre habría visto al lado suyo a su mujer con la boca brutalmente desencajada. Sus labios, entreabiertos, temblaban de forma casi imperceptible. Cuando recobró la voz, empezó a gritar atrozmente. Soltaba alaridos mientras le acariciaba la cabeza con los ojos dilatados por el horror…

…El recuerdo de ese grito, condenado como eco a volver a mi mente una y otra vez, me atormentaba hasta las lágrimas. En ese momento, ansiaba tocar la espalda tensa y pálida de mi madre para ver si podía acallar esas caricias desesperadas, pero no me atreví…

…No hallé mi corazón en mi pecho. Ya no estaba allí. Me latía en la garganta. Me dificultaba la respiración. Me paseé desesperada por los pasillos, mientras oía que mi abuela también lloraba, pero en la cocina. Era un lloriqueo desolado. Pensé: "¿Por qué lloramos tan separados?", y de inmediato aparté de mí el pensamiento…

…Busqué un asiento, y horas después, permanecía sentada. Tenía la sensación de que llevaba todo ese tiempo sin parpadear, con los ojos abiertos de más. Quizá, alguien trató de hablarme, incluso de sacudirme, pero estaba segura de no haber respondido; no oía, no sentía , no estaba. No. Sí. Sí estaba. Impactada. Paralizada. Desorientada. Aturdida. Conmocionada. En estado de shock…

…El desconsuelo de los primeros minutos después de lo ocurrido se transforma en caprichosa incredulidad. Repito en mi cabeza, hacia adentro, lo que ha pasado, deseando que algo me saque de la pesadilla; un ataque de llanto, sudores, algo que venga a interrumpir esa quietud que se parece tanto a la propia muerte…

…Sin embargo, acaba llegando el inevitable intento de aceptación. Sí, es un hecho. Ocurrió. Y nunca una afirmación tan simple me había parecido tan compleja. Porque mi padre no había muerto plácidamente en su cama, adormecido por calmantes, como todos soñamos morir, sino que se había colgado.

✶33✶

El sufrimiento acabó con ellos. La casa derrumbó sus ladrillos; se les echó encima, quién sabe si para protegerlos o para asfixiarlos. Después de aquello se estuvo tranquilita un tiempo. Sobre la carta… Esto fue lo que escribió:

"Hola…

¡No! ¡Perdón!

No te asustes por favor.

¡No! ¡Tampoco llores!

¿Sabes?, yo también sigo sufriendo.

¿Crees que no me duele verme así?

Mi tortura es que me mires de esa forma.

¿Creías que necesitabas hablar para que me diese cuenta?

Sé que me odias, pero también quiero que sepas que no es culpa mía. Al principio tu rostro reflejaba miedo, ahora solo se viste de asco. He bajado a verte porque te echo de menos. Te desprecio, pero me está matando saber que llevo tiempo sin preocuparme por ti. Me suben escalofríos hasta las orejas al observar el blanco de la niñez que ilumina tu espalda en contraste con esos moratones violetas.

¿Debería sentir pena?

No me siento culpable, ¡me han obligado!

¿Crees que yo quería atarte las alas?

¿Amordazarte y encadenarte al radiador?

¿Piensas siquiera que quería desnudarte?

Me duele ver cómo intentas esconderte entre tus brazos; por el frío o por el miedo, no lo sé. No me siento culpable, pero sí me odio por tenerte así. Me incomoda estar en esta casa contigo en las esquinas de mi sótano. Me incomoda tu olor y tu inocencia, me incomoda tu esperanza. A veces, se me presenta como una necesidad lastimarte porque me duele hacerlo y ese es mi castigo. A veces, siento placer mientras lo hago porque se me hace evidente que tú eres más débil.

Sin embargo, tu mirada...

¡No me mires!

Siempre me obligas a apagar la luz, a dejarte a oscuras.

Tu mirada me obliga a irme, a dejarte solo.

No quiero que averigües que puedes contra mí. No cometeré el error de convertirme en tu aliado, llevo años reflexionando sobre lo que más te

lastima.

Es tu culpa, no la mía, ¡tú me has obligado a hacerte esto!

Yo soy la víctima.

Necesito sentir tu último aliento de vida, pero sé que no podría evitar tus ojos, ¿por qué me miras de esa forma?, ya sabes que tengo que acabar con las heridas de mi infancia.

Entonces, me abrazaste o te abracé yo, siendo lo mismo, y esa fue tu manera de expresar que por fin éramos libres".

¿Qué le pasa a un niño si no recibe amor? Su corazón late igual, bombea y bombea sangre, para mantenerlo en funcionamiento. Aunque sabe que nunca vivirá verdaderamente. Autodestrucción. Bombea y bombea, un corazón en un fantasma.

Esa carta que dejó consoló más a la anciana de lo que él mismo nunca hizo en vida. Desde aquel día, ella se alegra en secreto de no sacar su tenedor cada vez que pone la mesa. Piensa que su padre debió tomar responsabilidad de sus emociones y de la forma en que reaccionaba ante ellas. Sufrió maltratos en su niñez y los mantuvo hasta casi acabar con su familia.

✶34✶

–Pretender al mismo tiempo soñar e interpretar lo que sueño: esa era la vigilia de mis noches. Yo, entonces, no entendía nada…

…Mi madre me decía que tuviera cuidado con los cuchillos, no sé si llegaría a pensar en que me convertiría en uno. Algo así como un impulso demente se adueñó de mí al sentir tan cerca el latido de su cuello, mientras hablaba y hablaba. Ganas de morderle la carne palpitante para que se callase. Ganas de morderle la lengua y arrancársela. Y seguir con sus pechos, como si quisiera comérmela , llegar hasta su corazón…

…¿Alguna vez has confundido un sueño con la realidad? Yo siento todo lo que imagino con la misma autenticidad o mayor todavía que la verdad. Y es una sensación que perdura una vez despierta. Si no estoy loca, ¿qué pasa conmigo?, ¿qué cojones pasa en mi cabeza?...

…Empecé a oír voces. Las voces habían estado hablándome toda la noche. Pensé que provenían de las estrellas. Reconocí una estrella a través de la oscuridad del cielo. Una estrella apagada. Creí que era esa estrella quien me estaba hablando…

…Todas esas voces no me dejaban dormir con murmullos, susurros, gemidos, rugidos, quejidos, tartamudeos, lamentos, sollozos, llantos, carcajadas, alaridos, chillidos…

…Cubro mis orejas, pero los gritos son míos. Me pregunto si inventé esas voces para sentirme menos sola o si siempre estuvieron ahí. Vistiendo mi piel, hablando con mi voz, contemplando el mundo desde mis ojos, mientras yo espero a que se vayan. Las pesadillas nunca abandonaron mi almohada.

✶35✶

Mientras nuestra protagonista duerme, nosotros vamos a aprovechar la oportunidad para conocer a esa joven que nadie ciertamente conoce, solo creen hacerlo, y la vamos a acompañar en una pesadilla demasiado real.

Todo empezó entre la soledad de las calles abrazadas por las cansadas horas del día, con ese olor que invita a los jóvenes a disfrutar de la noche, con la imagen de dos enamorados. Dos personas compartiendo su adolescencia que fantaseaban con la idea de invadir sus campos íntimos.

Él la invitó a su casa y ella aceptó. Disfrutaron del paseo por la playa, pero esa noche el agua se sentía más fría de lo normal. Llegaron y al pasar la puerta ella notó el tipo de tensión que no esperaba. Percibió que algo no iba bien.

El rostro de él se había transformado por completo. Ella casi no había tenido tiempo de identificar ese cambio, pero cuando la miró fijamente sintió pánico. Eran la mirada y el gesto de alguien que podía, acaso buscaba, hacerle daño.

Él se acercó al equipo de música y puso algo muy alto, demasiado alto. Tanto que ella ya había decidido que quería irse. De pie sin moverse, en medio de aquel salón, se lo dijo, que se iba a ir. Quizá puso una excusa. No sé cuántas veces le llegaría a decir que quería irse. Puede que no muchas, por miedo a que se volviera agresivo, pero las necesarias como para que sintiese su temor.

Cuando vio que se acercaba a la puerta de entrada, daba la vuelta a la llave y se la guardaba en el bolsillo, supo que iba a sufrir y que acaso podía hacerlo de una manera terrible. No dejó de pensar que de un momento a otro iba a estrangularla . Pero aguantó viéndose presa de sus manos hasta que se quedó dormido. Le dio la sensación de que aquello no se acabaría nunca, aún sentía sus ojos sobre ella.

Eso fue lo peor, esperar tumbada junto a él hasta asegurarse de que su sueño era profundo. Incorporarse con una lentitud casi imposible, atenta a los crujidos de la cama, a la propia angustia interior. Recoger su ropa. Sacar del bolsillo de su pantalón las llaves de la casa y que no sonaran, apretándolas fuerte con el puño, sin dejar de mirarle por si se movía. Cruzar el salón y llegar a la puerta. El corazón se le salía. Probar qué llave, el ruido de meterla, el ruido del cerrojo, salir al descansillo sin dejar de mirar atrás, el ruido de la puerta al cerrarla, correr escaleras abajo, vestirse al mismo tiempo, llegar al portal sin respiración, dar a la calle.

Aunque con dificultad, había salido corriendo, y a lo lejos, todavía escuchaba aquella canción. La oía en el viento. Y entre el viento seguía viéndolo a él . De repente, se dio cuenta de que no reconocía la calle, no reconocía las casas. Y aquella melodía empezó a sonar con mayor firmeza.

Entonces, notó como si la acecharan, la calle estaba vacía, pero las ventanas… en todas las ventanas se situaba inmóvil una figura, como una galería de oscuros retratos, observándola. Pensó en seguir corriendo, pero se desplomó en el pavimento aún cálido, y en ese mismo instante todos los rostros desaparecieron.

Sin embargo, reconoció la silueta de una niña al final de la calle. Pequeña, con un rostro dulce, pidiendo ayuda a pucheros . Le dio la sensación de que la conocía de algo y su mirada se lo confirmaba. En contra de la sobrecarga que le suponía en aquel momento el peso de su propio cuerpo, el deber de salvarla le dio las fuerzas para levantarse. Se acercó a ella, pero salió corriendo.

La persiguió hasta llegar a un hospital, donde la cría se detuvo en una habitación. Para asombro de la joven, ella misma se encontró tumbada en aquella camilla.

La niña la miró con unos ojos desmesurados que transmitían la mayor inocencia del mundo y le anunció con una voz a la vez delicada y entrecortada: “Te mueres y va a doler”. “¿Morir?”, le preguntó entre lágrimas de espanto. La niña negó: “Vivir. Te va a doler mucho si te quedas, será muy duro y sufrirás”. Entonces, la joven pareció haberse dado cuenta de algo: “¿Quién eres?”, a lo que la niña respondió: “¿Quién eres tú?”.

Esta pesadilla se convirtió en el viaje más largo de su vida, sin haber salido del hospital, pero al final decidió quedarse. Lo que realmente pasó es que un hombre la vio tirada en medio de la calzada, sin conocimiento, con el maquillaje corrido entre lágrimas y sangre en la entrepierna. Él se arrodilló a su lado, la cogió en brazos y pidió ayuda hasta que apareció una ambulancia.

La chica enfrentó varias heridas en su cuerpo y un monstruoso trauma psicológico. En un principio ansiaba rendirse, no se reconocía ante un espejo. Cosa extraña. Su reflejo no repetía sus movimientos, se quedaba quieto contemplando. Ella solo quería volver a ser la de antes, pero, ¿cuál de las dos? Se sentía como si ese día el diablo hubiese duplicado su alma y cada noche se preguntaba quién era la que vivía en su cuerpo, y cual en el infierno, porque una de ellas fue al infierno y la que vivía lo sentía todo.

“No es real”.
“No es real”.
“No es real”.
“No es real”.
“No es real”.
“No es real”.
“No es real”.
“No es real”.

✶36✶

Abrió los ojos gimoteando y la pesadilla seguía allí. No era la primera vez que soñaba eso. Y desde entonces, se quedó en la casa. La observaba día y noche. Mientras dormía, espiaba sus sueños y luego la miraba apenado , el diablillo. Carne desnuda como la cicatrizada que no parecía obedecer a un esqueleto y, a excepción de la córnea del ojo, toda roja, ensangrentada.

Ahora, se mostraba frente a ella. Le sostuvo las manos con delicadeza, como a una vieja amiga. En la tibieza de su sangre, se sintió acogida, y en sus brillantes ojos se vio reflejada con tal precisión que parecían saber más de ella que su propia memoria.

–No llores, niñita . Vas a tener que llorar mucho en esta vida si continúas siendo una niñita tan impresionable… Si te despiertas asustada, llámame niñita mía. Yo nunca duermo, niñita, siempre estoy haciendo algo en la casa por las noches. ¡Se siente tan fría cuando vago de aquí para allá con los pies descalzos! Nunca, nunca duermo. Si tan solo pudiera dormir…

–¿A qué le tienes miedo? –le preguntó sosteniéndole la mirada, casi con una sonrisa burlona.

–A nada –le respondió de inmediato, algo ofendido.

–¿No le temes a la muerte? –le preguntó con los ojos medio cerrados, desafiantes.

–No –otra respuesta inmediata, como si supiese que le iba a hacer esa pregunta incluso antes de formulársela .

–¿Por qué?

–Porque pienso que es merecida –sus ojos destellaron.

–¿Rezas?

–Solía hacerlo –esta vez hubo un breve momento dubitativo.

–¿Por qué paraste?

–Porque me di cuenta de que solo se trataba de un eco –confesó sacudiendo la cabeza en forma de negación, decepción quizá.

–Has hecho daño a alguien –afirmó la anciana volviendo a la sonrisa inicial.

–Pero, niñita , ¿tú no te has dado cuenta de que yo os utilizo a todos en esta casa como a marionetas, de que manipulo vuestras vidas, de que soy dueño de vuestros pensamientos? ¡A veces estoy a punto de volveros locos! Niñita, tú misma lo has comprobado, ¿no? Aplasto tu cerebro hasta que casi revienta. A veces, cuando gritas con los ojos abiertos, me llego a estremecer. ¡Si tú lo experimentaras alguna vez, me entenderías! Niñita, tú

sabes muy bien hasta qué punto dependéis de mí, hasta qué punto os maltrato.

No sabremos si él simplemente gozaba asustándola o si realmente la volvía loca. Había terminado de hablar casi en un susurro, mientras ella estaba quieta, pensando en escapar. Entonces, el diablillo rozó con las puntas de los dedos su cabeza, lo que hizo que ella finalmente se levantara de un salto y descubriera que ahora su reflejo era una persona al otro lado que la copiaba. ¿Quién sería la real? Era como Alicia, una niñita atrapada al otro lado del espejo, pero en el país de los horrores.

✶37✶

–Cuando desperté, sentí que alguien llevaba mucho rato gritando. Recuerdo, sin embargo, que esos gritos eran parte de mis sueños, antes de que me devolvieran a la realidad. Jamás había oído a alguien desgañitarse de aquella manera. Desperté algo enronquecida y revisé mi alrededor con la respiración agitada hasta que me aseguré de que nada había ocurrido en realidad: olvidé la mayoría cuando mis pies tocaron el suelo. Hasta la próxima vez, cuando vuelva a recordar mis traumas. Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando se escuchan tus gritos…

…Encontré otra carta. Lo interesante de las olvidadas es cuando no se acuerda una de dónde las guardaba o si las guardaba siquiera y de pronto reaparecen. Al principio, no sabía de quién era. Recordé que hace años, yo misma me escribía cartas, las guardaba cerradas algún tiempo y luego las leía. No las fechaba, tampoco se referían a nada delimitado, parecían como pedazos de una historia desordenada. Ahora siento haber perdido aquellas cartas.

–¿Cómo las perdió?

(Sí, esto sigue siendo una conversación, no un soliloquio. ¿Creías que hablaba sola? Ella a veces también lo ponía en duda, pero lo desmentía alguna que otra intervención de él, por breve que fuera. Esa noche era compartida, que no te acordaras no significó que dejara de serlo).

–Me he deshecho de tantas cosas… Me agobian las cosas viejas porque de tanto usarlas, dejan de ser lo que fueron.

Hay un silencio, tal vez demasiado largo, respaldado por el ruido de la lluvia batiendo contra la carrocería, con tanta fuerza que parece que va a atravesar el automóvil. La anciana observa las gotas que azotan el cristal, con la mirada serena de quien ha estado mucho tiempo a solas.

–Estaba escrita por mi hermano. Con los años, me he dado cuenta de que, aun siendo los mismos padres, representan una figuración diferente para cada hijo.

✶38✶

“Mi padre tomó una decisión. Eso es lo que quiero recordar de él. Dijo que esperaba morir antes de saber la verdad al completo. Y no estoy seguro de que así fuera. Creo que tuvo que forzar un poco las cosas. Pero decidió protegernos y lo hizo. No podemos reprocharle nada. ¿Existirá algo más desolador que enfrentarse a un trauma generacional? Estoy seguro de que no”.

✶39✶

–Después del entierro de papá, mamá nunca volvió a poner un pie en su dormitorio. Siempre esperó estar muerta al día siguiente…

"Estoy constantemente repitiéndome que ahora estoy a salvo, pero no me siento así. Siempre alerta, me siento vulnerable, abandonada. Me siento triste por la tristeza que siento. Siento el dolor de los años que he perdido por el dolor. No es tan simple, hay demasiadas capas de emociones en todo lo que siento. Cuando me preguntaron por la muerte de mi marido, yo no supe qué decir porque todo está sucediendo de una forma tan irreal que ya me parece que confundo la realidad".

…Fuera lo que fuese, mi padre nos aseguró que aquello se iría con él. Mi madre, sin embargo, no dejó de pensar que seguiría por ahí fuera, en alguna parte. Lo que sea que hizo desaparecer a mi hermano. Aun así, nunca me confesó que lo sentía al otro lado de la puerta. Estoy segura de que trataba de protegerme. Tal vez tenía miedo de que acabara como ella. Pero solo podía pensar en qué más estaría escondiendo…

…Mi madre acabó mal. Es agotador ser madre. Ser mujer, en general. Ser un fracaso porque nunca eres lo suficiente. Tratar de complacer a todos. Sin dejarse violar, sin dejarse matar. Cruzar las piernas. Encoger el estómago. Fingir. Sonreír y gemir como si lo hicieras de verdad. Conocer tu lugar. Ser educada. ¿Cuándo será suficiente? Es agotador. Sin embargo, mi madre siempre lo necesitó. Se convierte en un mal hábito, un autosacrificio…

"Yo era encantadora. Incluso cuando me tratabas mal, yo era encantadora. Incluso sabiendo que no lo merecías, yo era encantadora. Y no era encantadora por ti. Era encantadora por nosotros. Porque no era venganza lo que necesitaba, sino el coraje para seguir siendo encantadora sin importar lo que hicieras. Todavía guardo esperanzas por mejores días".

…Como mujer, simpatizo con mi madre; pero como hija, estoy enfadada. "¿¡Tú también me abandonas!?". Me quedé, aguanté. Sé que no puedo olvidar que ella me lo dio todo, pero el problema es que no puedo olvidar todo lo que también me quitó.

✶40✶

“Mamá, siempre me he preguntado, ¿por qué continuaste maquillando el dolor? Nos preocupaba más que no te dejara marcas en la piel. Aunque tu ojo no estuviese morado, descubría la tristeza de tu mirada. Porque fue el maltrato sin fuerza el que te hizo débil. Y siento que te arrugaran los sueños, pero era hora de despertar.

Solo no consigo entender cómo nos hundimos tanto que el mar se ahogaba y el maquillaje aún persistía. Tu corazón había abrazado ya suficiente indiferencia, lo amabas y no te amabas a ti, no nos amabas, mamá, ¿no te diste cuenta? Tenías una venda en los ojos que creías que no llegabas a desatarte, pero nunca lo habías intentado.

Mamá, debiste dejar de maquillarte. No merecíamos una vida de víctimas. No merecíamos besos en la frente que dejaran restos de lágrimas. Parecías adicta a las disculpas y palabras endulzadas. “Esta es la última vez”. Teníamos lo que él no para ser felices, ¿y lo desaprovechamos? No sé por qué nunca has querido darte cuenta.

Mas , mi hermano y yo te perdonamos mamá, porque no ignoramos que tú fuiste la principal víctima del engaño. De tanto vivir la culpa, consideramos que si escapábamos , alguien nos perseguiría. Tanto retener y, sin más, nos dejó ir.

Ahora éramos libres, pero acostumbrados a vivir sordos, ciegos y mudos, no supimos cómo querernos. No es una sorpresa que construyéramos muros alrededor de nuestro corazón, necesitamos protección dentro de nuestro propio refugio. Así, desarrollamos algo más parecido a un mecanismo de defensa que al amor”.

✶41✶

–En otra vida, coincido con mi padre cuando aún es un niño. Mientras jugamos, me confiesa que su padre le hace daño y no sabe qué hacer con todo ese dolor. Así que le ofrezco el hombro que tanto necesita y llora hasta que no le quedan más lágrimas. Ojalá alguien hubiera hecho eso por él. Entonces, ¿habría cambiado algo?...

…En otra vida, mi madre se eligió a sí misma primero. Nunca tuvo que conformarse, nunca me tuvo a mí. En esa vida, mi hermano y yo no existimos. Y tal vez, entonces, el arrepentimiento no ocupa lugar entre sus orejas…

…En esta vida, yo era una niña adulta, una madre para mi madre, que necesitaba a alguien para hacerla sentir segura emocionalmente. Mi hermano era un niño adulto, un padre para mi padre, que necesitaba a alguien para calmar su estrés. Ahora que mi hermano no está, necesito ser ambas cosas: madre y padre, un modelo a seguir para la niña atrapada dentro de este cuerpo adulto.

Ya llevas la mitad de la novela leída sin que nada bueno le pase a los personajes y te suena a la vida misma.

QUINTA PARTE: CAOS

✶42✶

Una vez, cuando nuestra protagonista anciana no lo era tanto, se convenció de que su abuelo paterno era como un pájaro con mucha hambre; desde entonces, persiste esa idea en su mente.

Se lo imaginaba comiendo cualquier cosa que se interpusiera en su camino sin darle mayor importancia a lo que fuese. Insaciable, tragando sin masticar pequeñas criaturas nocturnas. Comía y comía, incluso llegaba a atragantarse, pero no dejaba de comer.

Hasta el punto de convertirse en un monstruo. Ahora, tenía más hambre que nunca y olía a criaturas por todas partes. Quería parar, pero no lo hacía. Siguiendo las carreteras que se desperezan tras el bosque, reconoció un olor peculiar. Todos sus estómagos gruñían .

Ya llegaba a oírse el resonante crujido de sus alas, y a sentirse por su gran tamaño la agitación de todo a su alrededor. La corriente que ocasionaba traía consigo un olor desagradable, subterráneo. Emitió un graznido alarmante que, como un eco, volvería a dejarse oír. En un abrir y cerrar de ojos, la oscuridad se apropió y desapropió del taxi; el ave había pasado a escasos metros por encima.

Con el corazón taquicárdico, la anciana miró a través de la ventana. El pájaro le sostuvo la mirada, la mirada de un ser que jamás ha guardado nada en sus pupilas; por un momento, le pareció verse reflejada en sus ojos. No estaba del todo segura de lo que veía. Soñaba a menudo con ese mismo pájaro, pero ahora estaba allí con movimiento propio.

Giró otra vez para tratar de agarrar el coche como si de un roedor se tratase y llevárselo a su nido; no lo alcanzó por muy poco. Las plumas caían vencidas alrededor. Otro chillido imponente. La anciana se cubrió las orejas. Entonces, reinó el silencio.

–Este trueno ha sido mayor –manifiesta el hombre–. Tenemos la tormenta encima.

Nuestra protagonista recupera la consciencia de su propio cuerpo. Desde su asiento, mueve la cabeza, hacia un lado, hacia el otro, se ve que busca algo. Por los movimientos de su boca se aprecia que intenta decir algo. Una palabra, una no, dos. Lo sabremos realmente cuando, al fin, tome el cuaderno y escriba algo. Contuvo la respiración durante un buen rato; tras esa pausa, anotó: “Necesita alimentarse”.

✶43✶

“Francamente, dudo si seguir creyendo en todo eso, pero sé que mi hermano sí lo habría hecho. Cuando desapareció, le conté la historia a mi madre y le dije que había sido el abuelo que se lo había comido. Horrorizada, decidió no creerme. Pero cuando acogimos a un pájaro en casa, ella fue quien le puso su mismo nombre.

Era un pájaro envejecido, negro como una prolongación de luto, pero canoso, con los ojos amarillos. El tipo de ojos que imaginaba escondidos en la oscuridad del sótano. Ese pájaro estaba con mi hermano cuando desapareció. En numerosas ocasiones he pensado: “Ojalá hablaras”; en los momentos menos oportunos, chillaba de un modo espeluznante.

¿Por qué sería que chillaba el pájaro?
¿Y por qué no?
Si tú vivieras en esa casa, estarías haciendo lo mismo.

Siempre me pareció que ese pájaro tenía algo raro, muy raro. Atrapaba criaturas del bosque que luego aparecían por la casa detalladamente diseccionadas. Además, empezó a oler mal, muy mal. Era el olor putrefacto del sótano. Ojalá nos hubiésemos deshecho de él a tiempo”.

✶44✶

–Si sigue usted con ganas, podemos continuar hablando, ¿qué mejor momento que durante una noche tormentosa?

–Es que, hablando contigo, me vuelven tantas cosas y todas desordenadas…

(Acabó reintroduciendo su historia).

…Sobre mi abuela materna, no sabemos mucho. En un principio, sacrificó su vida para atender a su esposo y criar a sus hijos. Yo creo que mi abuelo se casó con ella por eso; lo que no sé es por qué lo hizo ella. Quizá se enamoró de él y creyó que cambiaría cuando se casaran, las mujeres éramos así de tontas antes.

✶45✶

Una noche de hace demasiados años ya, su abuela procuraba huir. Al fondo del pasillo, vio reflejada su imagen en un espejo:

"¿Quién êh eça muhêh?".

"¿Quién êh eça muhêh martratá ?".

"¿Una de eçâ que una noxe cuarquiera deçiden que ya an tenío çufiçiente como pa dehâh al abuçón de çu marío?".

"¿Quién êh eça?".

"¿ Ê poçible que çea yo?".

Sabía cómo era su aspecto, sí. Carcomido, despojado, apesadumbrado. Todos esos adjetivos encajaban como deprimentes piezas de un rompecabezas. Deprimente: sí, ese también. Peor aún, sabía lo que estaba sintiendo. Se sentía cobarde. Pero, ¿qué era la valentía? ¿Continuar aun teniendo miedo? Aunque, ¿qué podía hacer sino continuar?

Entonces, él apareció allí mismo, al fondo del pasillo; el espejo quedó a sus espaldas. Sin embargo, ella ya estaba decidida, aquella sería la última paliza que soportaría, aunque para eso tuviera que morir. Solo había alcanzado a decir: "Me yebo a lô niñ…", antes de que el puño de su marido se descargara contra su nariz. Ella retrocedió por el vestíbulo, procurando contener la sangre con el gesto de sus manos, mientras él avanzaba hacia ella encolerizado.

–¡Déhanô (bib)îh*! –vociferó horrorizada.

*No sé si dijo "vivir" o "ir", por el horror no vocalizaba.

–En cuanto me digâ qué pretendíâ –respondió perverso.

Ella retrocedía con dificultad sin quitarle los ojos de encima, cuando él la agarró por el pelo. Pretendía gritar, pero se ahogaba con su propia sangre al tratar de tomar aire. Él la incorporó de un tirón, tras golpearla en el vientre. Y mientras ella luchaba contra ese dolor, él había roto el espejo; ahora, se inclinaba hacia ella con uno de los muchos pedazos cortantes que se repartían a lo largo del pasillo.

–¡Acaba con êtto de una bêh!

✶46✶

Después, se dispuso a llamar a una ambulancia, pero no se atrevió, ya era demasiado tarde. El recuerdo de esa noche le patearía el cráneo desde adentro para siempre. La madre de sus hijos no volvió a despedirlos. Los años avanzaron y ella pasó a ser un vago recuerdo.

"¿Mi madre siempre quiso vivir aquí?", le preguntó una vez su hijo (padre de nuestra protagonista), y él contestó que sí para dar la conversación por finalizada; pero parecía que la mentira podía sentirla: "¿Te dijo alguna vez que quería irse?", volvió a preguntar. "Quiçá lo que quería era aleharçe de boçotrô ". De esa manera se alejaba él del resentimiento, tras la idea de que su mujer los había abandonado.

En otra ocasión, el hermano se perdió en un centro comercial, y cuando fue al cajero para anunciarse por megáfono como niño perdido, dio el nombre de su madre. Con paciencia se quedó allí, esperando un reencuentro.

Cuando su padre lo encontró, le dió una guantada.

–¿Tú también pretendê abandonarme?

–No.

–¿Cómo? No te e oío .

–He dicho que no.

– Êh tu úrtima oportunidá . Abla pa que te oiga: ¿qué êh lo que quierê?

–Quiero volver contigo.

No lo miraba. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

– Êttá bien. Pero primero pídeme dîccurpâ.

Él levantó los ojos ensanchados de dolor, suplicantes.

–Dilo.

–Perdón.

Por un tiempo, él no olvidaría aquella primera lección; aunque quedarían otras, muchas otras. Por suerte, su padre nunca les pegaba si ellos no lo merecían.

✶47✶

–Pese a todo, mi padre sentía amor por su padre, lo justificaba:

"No, mi padre no nos maltrataba. De alguna manera nos tenía que parar. Mi hermano y yo éramos muy nerviosos. Mi padre quería lo mejor para nosotros porque nos quería, y por eso nos pegaba…

…Durante todos esos años, quizá mi padre nos estuvo maltratando, pero quizá yo nunca estuve preparado para admitirlo".

–Sin embargo, mi padre lo acabaría despreciando con todo el odio que le cabía en las tripas, y no le cabía poco.

✶48✶

Gracias a la llave que le dejó su hermano, la anciana seguía sorprendiéndose dentro de habitaciones en las que nunca había estado antes; algunas ocultas a los pasillos, nunca hubiese imaginado siquiera que existieran. Una despertó en especial nuestro interés: estaba cubierta de periódicos que contenían artículos sobre su familia. La sala parecía un museo de figuras lúgubres, sombras.

Durante muchos años, los Espinosa fueron adquiriendo fama en España por su desventura, conocidos como víctimas de una maldición familiar.

¿Es posible que toda una familia esté maldita? ¿Así como lo están algunas casas? No me refiero a solo un miembro, sino a todo el que allí vivía. ¿Era posible?

En aquella casa, heredaban de los muertos los dormitorios y el infortunio. Un sitio lamentable para echarse a dormir y la mala sangre, eso era todo. A cambio, por supuesto, de encerrarse con unos pocos vivos y otros muchos muertos. Todas las familias tienen a sus muertos presentes, es solo que ellos veían a los suyos.

✶49✶

–Hay algo que me sigue arrastrando hacia el pasado, como si mi memoria hubiera quedado allí atascada. Recuerdo bien mi preadolescencia; algo torpe, de mañanas perezosas, sobre una vida en absoluto perfecta. Recuerdo sentirme como un pajarillo que despertaba cada mañana en su desdeñable jaula…

...Sin embargo, todos ahí fuera soñaban con más, ser libres, engrandecerse, presumir de sus colores. No tardé en querer despojarme las plumas antes de mudarlas. Me esforcé por ser igual, sin darme cuenta de que menos grave era ser diferente…

…Llegó el día, mi jaula quedó abierta y sin saber volar. Desplegué las alas y perdiendo el equilibrio fui recuperando la estabilidad. Tras varios fracasos aprendí que no valía la pena disimular mi dolor, entonces reí cuando pude y lloré cuando lo necesité. Pedí perdón a la vida por no vivirla y eché a volar…

…La adolescencia fueron barrillos, vicios y corazones rotos. El alocado pensamiento de que estábamos de paso, pero que nuestros pasos eran formidables. Que nada dura, pero el momento merece la pena…

…Una etapa de masticar nuevas experiencias, libros, música, calle, amigos, bailar a lo loco y sin conocer la canción. Fue el momento de besar, enamorarse y querer fuerte. El misterio de amar no era un problema a resolver, sino una realidad a experimentar. Hacer el amor, entregarse a alguien, aunque solo fuese por una vez en la vida.

✶50✶

No la buscaba a ella, pero de pronto regresó. Todavía la recordaba. En definitiva, nuestra protagonista no envejeció matando a la niña que llevaba dentro, y ella la recordaba.

La anciana halló algunos papeles que contenían sus primeros escritos, entre los que reconoció unas cartas que se enviaba de pupitre a pupitre con la primera amiga íntima que tuvo, una amiga del instituto.

Ella hubiera querido estudiar una carrera, pero entonces no era costumbre. Aunque los exámenes de aquel curso fueran fáciles, estudiaba hasta ponerse enferma. La verdad es que ya estaba empezando a perder la memoria.

Con todo, se vio entablando amistades por primera vez en su vida. Consiguió relacionarse con compañeros de clase sin mucho esfuerzo. Y verdaderamente necesitaba ese apoyo entonces. Sin embargo, cada alegría de su vida venía compensada por algo desagradable.

✶51✶

–Me sentía acompañada. Me gustaba quedar con ella y escucharla, pensando en que yo también le contaría sobre mi vida. Hasta entonces, sin embargo, nada. Prefería solo escucharla con una sensación de espera que me impacientaba e interesaba al mismo tiempo. No imaginé que aquello estaba por terminarse…

…Me pareció que la vida me había concedido una tregua, hasta que mi amiga reconoció a mi hermano. Yo no sabía que realmente fuera un artista afamado. Creí que nadie más sabía que pintaba, aparte de su familia. Y ahora ella me pedía que se lo presentara…

…Como es evidente, mi hermano no había desaparecido aún, y pensé que me iba a resultar lamentable llevar a mi amiga ante él y presenciar su decepción. Entonces, mi deseo de desahogarme con ella me pareció torpe. Tuve que sonreír ante el pensamiento de que quizá los secretos más deliberadamente guardados son los que todos conocen. Un sinsentido. Así empezaba a parecerme la vida entonces.

SEXTA PARTE: CULPA

✶52✶

–Imagino que tu curiosidad se habrá detenido en lo que aún no he contado: el final de mi abuelo paterno. Tal vez sientas que te debo una aclaración, y no te equivocas: esa historia todavía ha de revelarse. Para entonces era solo una niña, pero luego crecí y noté en mi familia por parte paterna adicción a las drogas…

…Últimamente, he pensado mucho en eso, y me he dado cuenta de que en esencia no sabemos nada sobre la adicción. Ya en mi vejez leí mucho sobre el tema: los seres humanos necesitamos relacionarnos, y si no podemos hacerlo, nos enganchamos a algo que nos de la sensación de poder soportar la soledad. Así descubrí la particularidad de lo que designamos locura, la soledad. Sentir que has desaparecido del mundo, sin poder compartir tu sufrimiento…

…Mi tío murió de soledad. Ahora a eso le dicen depresión, pero yo siento más adecuado denominarlo morirse de soledad. Lo encontraron flotando en la bañera, con los ojos abiertos de par en par, desnudo y sin aliento. Creo que él y mi padre tenían mucho en común: parecieron hacer todo lo posible por enfrentar a la muerte.

✶53✶

Ya había decidido dónde apoyar la cuchilla, toda el agua se escurrió al suelo. Obligándose a no cerrar los ojos, vio cómo allí la piel cedía bajo aquel peso. Aumentó la presión, hasta abrirse la carne. Vio derramarse la sangre, negra. Le asombró el temblor de sus dedos, no experimentaba dolor.

Aunque no tardó demasiado en llegar; ahora le dolía, apretaba los dientes para no gritar. Lo más difícil era mantener el silencio original del cuarto de baño. La sangre se vertía en el agua, oscureciendo la porcelana pálida de la oxidada bañera.

Él únicamente trataba de no apartar la cuchilla, continuaba en todos los sentidos mientras contraía cada uno de sus músculos, a fin de soportar sin perder la conciencia antes de haber ultimado . ¿Hundiría su brazo antes de llegar al hueso?

✶54✶

–Me topé con esta historia en una carta que le había dejado mi tío a mi padre en el funeral del abuelo, poco antes de que acabaran con sus vidas. La descubro como un papel con muchos dobleces. Una carta larga, de letra emborronada, como si hubiera absorbido lágrimas abundantes. Se sentía algo estremecedor al leer aquellas primeras líneas: "Querido hermano, perdóname. Lo que mucho me arrepiento de nunca haberte contado en persona, aquí te lo escribo".

"No recuerdo todo lo que pasó, tampoco me explico por qué nunca mencioné nada a nadie. Al escribirte esto perdura en mí una de esas sensaciones imposibles de expresar. Mi trauma es complejo y ahora me hace querer volver a casa, a todos los lugares y personas que alguna vez conocimos. Está intentando convencerme de que echo de menos a padre; de que él y yo éramos lo mismo, cada vez estoy más seguro de eso; y ahora que ya no está, no soy nadie. Me siento vacío incluso estando lleno de dolor.

Cuando era niño, tenía la sensación de que algo había pasado. ¿Qué? No lo sabía, quizá no lo entendía. Mi relación con padre era buena: yo era obediente, no le discutía nunca. Pero no me gustaba estar a solas con él, me daba miedo. ¿Por qué? No lo sabía, quizá no lo entendía. Incluso sentía odio hacia él. Para mis adentros no paraba de preguntarme qué sería lo que pasaba conmigo.

Poseo el vago recuerdo de una escena incompleta que mi corazón de niño no supo cómo interpretar. Al fondo del pasillo, el baño; padre me está llamando desde allí y yo voy desde mi habitación. No quiero entrar; me acerco a ojear por la cerradura, tengo la altura justa. Entonces, la puerta se abre y descubro por primera vez a padre desnudo. Él me obliga a entrar, a bañarme con él. Evito mirar hacia delante. ¿Qué hay delante mía? Pelos negros, muchos pelos negros y rizados. Y otra cosa. No quiero mirarla, pero padre está demasiado cerca. No puedo. No, no, no, no. No puedo respirar, me ahogo.

"Procura de aguantâh un poco, iho".

En ese momento lo recordé. Recordé que había escuchado esas mismas palabras incalculables veces mientras dormía. Recordé que yo mismo me convencía, sin despertarme del todo, de que si aguantaba un poco, todo estaría calmo por un tiempo. Recordé que así trataba de ignorar el dolor y la vergüenza.

No puedo aguantar más.

No puedo seguir adelante.

No quiero seguir adelante.

"¿ Quierê colocarte?".

Todavía escucho su voz. Todavía siento sus ojos sobre mí. Algo de seguro estaba mal en todo aquello. Me sentaba a su lado y él me ofrecía mezclas de drogas fuertes, como si se tratara de una actividad propia de padres e hijos. Nunca quise consumir drogas, pero nunca me negué. Hermano, nunca me negué a nada. Ambos sabemos que a padre había que hacerle caso.

La primera vez, me lancé al suelo desesperado por vomitar. Padre se acercó a mí para darme golpecitos en la espalda. Después, fue deslizando su áspera palma hasta llegar a mis pantalones, hasta sobrepasar mi ropa interior. Yo no hice nada, me conformé con que mi espanto fuese el único testigo. Intenté taparme la boca con la mano para acallar mis sollozos y esperé a que terminara.

Luego, se levantó como si la droga no hubiese hecho el mínimo efecto en su cuerpo. Yo no pronuncié palabra alguna. Crucé el pasillo hasta llegar al baño, y allí me golpeé repetidas veces la cabeza contra los azulejos intentando no hacer demasiado ruido. Lloré en silencio. Lloré mi culpa, porque nunca dejé de sentirme culpable.

Durante una temporada, me convencí de que estaba loco, ¿cómo iba a creer que eso estuviera ocurriendo de verdad? Quizá inventé todo, no pudo ser real. Pero volvió a suceder. Una y otra vez. Y la cosa fue a más. Lo hacíamos todos los fines de semana, y cuando te metes tanta droga en el cuerpo, convencerte de que todo ha sido parte de una alucinación es mucho más fácil.

Sin embargo, alguna que otra de las muchas veces que me desmayaba a su lado, me despertaba y él todavía seguía explorando mi cuerpo. Luego, yo me arrastraba hasta el baño y descubría sus asquerosos fluidos en mis partes, restos de su semen y su saliva endurecidos sobre mi piel. Entonces, sentía algo atascado en el estómago que no me permitía respirar. Volvía a mí el recuerdo de estar ahogándome.

Una y otra vez.

No podía dormir, la idea de no saber lo que me había pasado estando inconsciente no me dejaba. Estaba seguro de que tenía algo malo dentro que sacar, me pasaba las horas encerrado en el baño llorando en silencio. Hasta

el momento en el que se me metió en la cabeza lo jodido que estaba. Entré en pánico y empecé a gritar, pero él me calló con más drogas, tapándome la boca para que no las vomitara . En ese momento creí que finalmente moriría ahogado.

Pero no, volvió a pasar una y otra vez. Por mi culpa, una y otra vez. ¿De verdad merecía ese castigo? Poco a poco me fui derrumbando. Durante mi adolescencia, una terrible confusión sexual se apoderó de mi cuerpo. Sabía yo que algo en mí nunca estuvo bien. Creí que se me pasaría, pero no. Ya todo estaba mezclado: el amor, el sexo, el asco y el odio.

Solo esperaba a que acabara todo; en el fondo, siempre supe que no sería yo quien le pondría fin. Entonces, me conformé con protegerte a ti. Pensaba en que a ti no te pasaría nada si para eso siempre estuve yo. Una frase tan polémica. Sé que me odias porque creíste que era el favorito de papá, siento haberlo sido.

Te debí revelar la verdad mucho antes, perdóname, nunca encontré el valor. Creí que mi silencio nos protegería y ha resultado justo lo contrario, nos ha acabado por matar de una forma más cruel que la propia verdad a tiempo. Ahora, que ya es tarde, solo puedo pedirte perdón por haber elegido callar, por haber sido tan cobarde".

✶55✶

Cuando el destinatario leyó la carta, no tardó más de un segundo en desquiciarse; para entonces, el remitente, su hermano, ya se había quitado la vida. Gritó desde las entrañas. Gritó y no paró de gritar. Lo cierto es que todo era tan fatídico que rebasaba la desgracia.

Con él, su padre había tenido más miramientos, ya que ocupó el puesto de su madre en las tareas del hogar. En cambio, su hermano era de carácter manso y no supo oponerle ningún tipo de resistencia.

De golpe, toda su vida se derrumbaba ante sus ojos, y mientras, él se lamentaba una y otra vez: "¡Si lo hubiera sabido!". Una y otra vez analizaba en su memoria las variables que podrían haber cambiado el destino de su familia. ¿Hubiera podido evitarlo?, se lo preguntó infinidad de veces. Pero no, no lo sabía; tampoco tenía forma de saberlo, antes de eso no se hablaba ni aunque lo supiera todo el mundo.

¡Por el amor de Dios, casi se me olvida! En todo esto, es determinante que sepas que el abuelo murió asesinado.

(La página que estás leyendo ahora debería reproducir esa escena violenta de superposición de cuerpos; mientras uno pretendía ocupar el cuerpo del otro, este otro sintió que el otro uno llevaba toda la vida ocupando su cuerpo y algún que otro cuerpo más; por un momento de enajenación, quedó en sus manos cerrar el capítulo).

✶56✶

Nuestra protagonista ha soñado otra vez: alguien mató con sus propias manos a una persona y otra ocultó el crimen a la perfección, pero se olvidó de todo al despertar. La cara de la muerte le era familiar, como si fuera alguien de su propia sangre que había perdido hacía tiempo y volvía a encontrar ahora en sueños. ¿Habrá sido ella la asesinada? O quizá fue la asesina. Si ella fue la asesina, ¿a quién habrá matado? También era alguien muy cercano. Y, ¿quién habrá sido la persona que ocultó el crimen?

✶57✶

Su padre. Al padre de nuestra protagonista fue a quien detuvieron. Tenían que hacer algo y lo detuvieron a él que estaba al alcance. Se quedó en una celda hasta que el abogado que le asignaron recurrió.

En su sentencia declaró…

(Nunca llegué a averiguar si aquello realmente llegó a ocurrir; en otras palabras, no tengo claro que lo declarara o si esa era su intención o puede que se tratara simplemente de una interpretación de las medias frases que farfullaba la anciana).

“En este momento, únicamente siento mi torpeza al intentar que paren de brotar las lágrimas; por lo demás, lamento que me han acabado por arrebatar mis sentimientos. No mentiría si dijera que yo mismo hubiera querido poder meterme en sus cabezas, abrirlas de par en par y comprenderlo todo al fin, el cómo pasaron las cosas. Sin embargo, ya da lo mismo, nada va a devolvernos la vida que hace tiempo nos fue arrebatada.

Mentira. Lo que acabo de decir no es del todo cierto. Debo admitir que no estoy siendo sincero. La verdad es que aún siento el dolor de la soledad, más inaguantable por insistente. Además de la vergüenza, que aparece cuando pienso que mi hermano solía adorar a mi padre y lo desgarrador que es cuánto daño le hizo. Lo que más pena me da es que murió con la culpa. Juntos formábamos un cúmulo de dolor que aumentaba recogiendo toda la mierda sobre la que no hablábamos. Nunca, sin importar cuánto doliera”.

Le tuvieron que soltar porque no tenían nada. No sabían nada. Nadie dijo nada. Sin embargo, por supuesto que todos hablaban de ello. Cómo no iba a ser él el culpable si de esa casa no salía nada bueno. Si su madre era una sinvergüenza que había abandonado a sus hijos. Si se veía que esa familia era de mala sangre. La gente los repudiaba . Miradas de desconfianza, de sospecha, de curiosidad.

✶58✶

–Todo lo que no aconteció con la desaparición de mi hermano, se dio cuando detuvieron a mi padre. Mi madre provocó un alboroto. Gritaba a los reporteros y salía en la tele descuidada porque no había tenido ánimos ni para darse una ducha. La grababan destrozada por dentro y por fuera. Y grababan la casa, asimismo desbaratada. Yo también lloraba, por supuesto que sí…

…Mientras mi padre estuvo preso, mi madre y yo llorábamos todo el día y toda la noche, a veces de desespero, a veces de pena, a veces de miedo; en su mayoría, de soledad. Pero bueno, la prensa se olvidó rápido de nosotros, y nosotros acabamos lo que teníamos a medias…

…Cuando mi padre por fin regresó a la casa, cuando creímos que ya habíamos pasado los peores momentos, aún nos faltaba oírle llorar. Siempre me resultó más fácil situarme del lado de mi madre, pero a medida que me hago mayor, más puedo entender a mi padre. Ambos perdimos a nuestro hermano. Él solo trataba de ser mejor que su padre. Ahora entiendo por qué llegó a esforzarse tanto.

✶59✶

De repente, otra cosa exige ser contada antes de seguir adelante. Algo más en lo que la anciana pensaba en secreto a veces. Encontraba consuelo en la idea de que el multiverso existía, y que en uno de esos universos su padre y su madre nunca se han conocido y viven la vida más feliz posible separados. Aquello la consolaba, incluso si eso significaba que ella nunca llegaría a existir. No obstante, la realidad era que en este universo, sus padres estuvieron juntos desde el colegio…

“Estoy en clase y mi compañero se ha cambiado de pupitre, estoy solo. Una chica entra por la puerta. Queda un único sitio, se ha sentado a mi lado. Saca las cosas nerviosa , tiene unas manos muy bonitas. Me ha pillado mirándola, y ahora se me hace imposible separar mis ojos de los suyos. Sonrío y ella refleja mis sentimientos, es muy guapa, creo que me he enamorado.

¿Me presento? No, mejor no... o sí. Quedaríamos al salir para estudiar y también mañana. Llegaría el día en el que nos cansamos de ser amigos y le pediré salir, a los años también matrimonio. Sí, definitivamente creo que me voy a presentar:

–Hola, me llam ...

–¿Te importaría cambiarte de sitio?”.

Si aquel día –pensaba ella– se hubiera acabado el mundo o se hubiera muerto uno de ellos, su historia hubiera quedado ahí. Pero, ya se daba cuenta de que todo sigue y se arruina viviendo.

✶60✶

–Él se enamoró perdidamente de ella. Nunca imaginé a mi padre escribiendo poemas, pero por ella lo hizo:

“Fantaseo con la primavera, el besar pétalos de rosa.

Las llamas de otoño, el sudor de las castañas.

La nieve de invierno corriendo por tus mejillas.

Y la sombra de verano de entre tus brazos”.

–Como era de esperar, acabaron juntos, ambos habían perdido mucho. Sin embargo, después del nacimiento de mi hermano, comenzaron las peleas. Mi padre empezó a beber de seguido:

“Cuando era niño, una vez, me quedé perplejo mirando una esquina. Había un borracho, un hombre que parecía cansado y triste; y que me confundía con su honda mirada. Desde ese día no quise volver a ir al parque... Hoy estoy aquí tirado en una esquina mirando fijamente a un niño y probablemente su expresión sea lo único que recuerde”.

–Siempre llegaba tarde, borracho y frustrado. Una mañana me lo encontré en mitad del pasillo tumbado en el suelo, sonreí porque parecía muerto, pero no se dio. En el dormitorio que antes compartían cada noche él, mi madre y la culpa, encontré una carta escrita en los márgenes de algo parecido a un acuerdo de separación:

“Quedamos en no contactarnos, pero aún hay tantas cosas que no entiendo. Sobre nuestro hijo… ¿Recuerdas cómo actuaba cuando pensaba que nadie lo estaba mirando? Parecía que pudiera sentir cosas que el resto de nosotros no. Me traía a la memoria mucho a tu padre. Perdido en su mundo. Sé que suena ridículo, pero creo que debimos sentir que se alejaba. Ojalá no tuviéramos la culpa, pero sé que no hicimos todo lo que pudimos”.

SÉPTIMA PARTE: SOLEDAD

Pero no. No siempre nuestra protagonista ha estado tan sola como lo ha sentido. Dejando a un lado las voces que la han acompañado durante la mayor parte de su vida, en su juventud conoció además a un chico en especial. Y ojalá se hubieran conocido antes, porque en ella no despertaba el esperado apetito sexual, pero sí el nostálgico deseo de haberlo tenido como amigo. ¿Te imaginas conocer a alguien y sentir que lo extrañaste toda tu infancia?

Dos jóvenes opuestos. Porque para entonces ella era joven, y bonita. Deja que de entre tus recuerdos se encuentre:

El cabello café y ferozmente voluminoso, brillante y siempre recogido. Las cejas desordenadas y los marrones ojos desgarrados. Los cachetes carnosos, cual si contuviesen toda la que en el rostro faltaba. También notable la barbilla, mediana la nariz y pequeña la boca. Los dientes menudos, pedacitos de perlas. Las orejas discretas y las manos accidentalmente atractivas, como el conjunto de su cuerpo. Toda ella parecía de papel, papel ansioso de (re)escribirse. Y por sus venas corría tinta, tinta en la que a veces se ahogaba.

Ahora, es el turno de él:

Era guapo y rápido te lo demostraba el brillo moreno de su rostro. Los cabellos castaños y ondulados, tan largos pero tan ondulados que no le pasaban de la frente. Las cejas espesas y separadas. Sus ojos almendrados, sumergidos en un tono marrón tan oscuro, que parecía haberse mezclado con el negro de la pupila. Respecto a la nariz y los dientes, en lo que se refiere a perfectos, solo es aceptable la comparación en grado superlativo. La boca grande, los labios carnosos. El rostro juvenil poco más alargado que ancho, las sobresalientes orejas redondas. La espalda y las manos gruesas, las piernas delgadas. Alta estatura.

✶62✶

–Cuando él me abrazó, tuve que agarrarme el corazón con ambas manos. Extraño al amor, necesitado de abrazos. Aquella primera vez, sentí que mis latidos llegarían a traspasar su pecho. Extraña a la comunicación, necesitada de presencia. Él adivinó mi flor favorita en el primer intento, porque ni siquiera tenía una flor favorita…

…Un débil recuerdo, eso sí. Aquella noche el cielo se extendía ilimitado sobre mí, mientras a mi alrededor asentían con el viento que siempre soplaba al atardecer en el patio trasero los tallos de coloridas florecillas en ramilletes. Fruncía el ceño, intentando forzar a la memoria, pero nunca adiviné cómo se llamaban…

…Hasta que él les puso nombre: "¡Crisantemos!"; lo dijo con la emoción de un niño pequeño, por eso le di la razón. Desde entonces, no he visto esa flor de la misma forma y en todos lados me la encuentro. Es curioso. Quizá, él ni siquiera formó un recuerdo de aquello. Yo ahora desearía liberar me de la nostalgia, tengo claro que duele más ser quien recuerda…

…El caso es que, en aquella época, famélica de amor, me asigné la tarea de idealizar a mi amado, hasta acabar por convertirlo en una obsesión. Aquel amor desenfrenado no se fugó junto a mi adolescencia, sino que perduró como un breve favor y un largo castigo.

"Encuentra el amor y deja que te mate".

✶63✶

“Encuentra el amor y deja que te mate”. Así lo decidió ella, decidió que moriría por él. Se sentía tan bien a su lado que decidió que así moriría. Y él lo sabía, ¿no sabía ya demasiado de ella? Sabía que ella quería morir. Las palabras más sinceras le brotaban por los ojos. Él le preguntaba cómo se sentía, y ella reía, y le decía que algún día se suicidaría, pero no ese día. Lo que él no averiguaba era el porqué.

“Porque no encuentro la paz dentro de mi corazón y no quieras saber lo que ocurre dentro de mi cabeza”, le sonsacó una vez. Entonces, él le propuso que huyera de aquellos bosques y se fuera a vivir a la pequeña granja de su familia, donde únicamente estarían ellos, y allí darían con la paz. Le preguntó si le parecía buena idea y ella sonrió. Nunca nadie se había interesado por su respuesta. Finalmente, la paz acabó gestando en su útero.

Ciertamente, no necesitamos a alguien que nos arregle, sino a alguien que nos quiera mientras nosotros mismos nos arreglamos. Sin embargo, mantener una relación significaba exponerse ante otra persona, desnudarse. Ella no le negó explorar cada una de sus partes, incluso las que no eran del todo bonitas. En lo más profundo, ella comprendía que aquello no era suficiente, pero no había aprendido aún cómo amar de forma que se sintiera que era amor.

Incluso estando perdidamente enamorada, había algo en ella que lo arruinaba todo. Nunca le apetecía hacerlo. Ni que la tocara, ni tocarse. Tampoco hablarlo con él, por supuesto, porque ¿cómo le confiesas a tu pareja que nunca has tenido ganas de practicar sexo? Le aterraba sentir las manos de alguien sobre su cuerpo, y a la vez anhelaba las caricias. Pero lo acabó por descubrir: el contacto físico entre personas que se quieren. Claro que aún le quedaba mucho por desnudarse antes de entender lo que realmente significaba estar en una relación.

–Recuerdo preguntarle una vez si no le resultaba demasiado molesto tener que compartir mis problemas. Necesitaba saber qué pensaba al respecto, y si a pesar de ello me quería. Él me respondió: “A mí me parece que lo mínimo que nos debemos a cambio del amor es ayudarnos con nuestros problemas, ¿no crees? Olvidas que el amor es dos contra uno”...

…Al fin alcancé aquello que perseguía con tanta hambre, aquello que anhelaba, se volvió hacia mí, como si también me hubiese estado persiguiendo, como si yo también fuera su anhelo. ¿De veras lo era? Yo siempre he sido algo así como un monstruo del que no sabes si correr o estrecharlo en un abrazo…

…Y es que cuando le cuestionas a un niño: “Si pudieras cambiar algo sobre tu cuerpo, ¿qué sería?”, seguramente respondan algo parecido a tener alas para volar o una cola de sirena. Sin embargo, yo nunca pude sacarme aquello de la cabeza…

…Por aquel entonces, los varones ya me llamaban “preciosa” como si de mi nombre se tratase. Esa fue la identidad que me asignaron, una expectativa que nunca llegué a complacer. Aborrecía que me llamaran así, pero tampoco me disgustaba en su totalidad. Para mí, se convirtió en un modo de ser alguien completamente aparte de mi propia identidad. No obstante, la rabia acababa con mi belleza. Ellos me decían que sonriera con más delicadeza, pero yo no podía evitar sonreír sin apretar los dientes…

✶65✶

…Luego, llegó aquel insulto al que uno de mis exnovios recurriría con empeño: “gorda”. Aquel adjetivo que hacía que dejara de amarme cuando en este caso debió haber sido al contrario. Todos me lo advirtieron, pero yo quería que él me destruyera personalmente. Estaba enamorada. Aunque a él solo le interesaban las chicas extremadamente delgadas y eso me lo dejaba bien claro…

…Hasta que llegado el momento, lo que me dijo lo recibí como un golpe en el estómago. Con todas sus palabras en mi cabeza, empecé a sentir debilidad, sudoración, náuseas, mareos. Volví corriendo a la casa, subí al baño, me arrodillé delante del retrete y después de unas arcadas, vomité todo lo que tenía en el estómago hasta quedarme vacía. vomité, Vomité, VOMITÉ como nunca en mi vida…

…Fue un vómito lento, trabajado; después de unas horas, sentí que se me desgarraría la garganta y que mi cuerpo quedaría envasado al vacío si seguía. Olía a ácidos estomacales. Entonces, sonreí. El sacrificio viscoso de mis entrañas no contenía comida parcialmente digerida, sino bilis amarillenta junto a todas las mariposas de mi estómago.

Entre arcadas, había logrado mi cometido:

ya no sentía nada por él.

✶66✶

Siguió adelante con su vida. En parte, sobreviviendo a los horrores de su mente. En parte, sobrellevando su vida ordinaria. Cada día, un escenario semejante: cada noche, hacer el amor para reconciliarse, tratar de olvidarlo todo durmiendo, cada mañana adoptar una falsa normalidad, y volver a empezar a la tarde en busca del consuelo de su pareja, pues se le hacía imposible fingir sin descanso que nada pasaba. Se sentía cansada, no pensaba ya sino en acelerar el transcurso de la rutina, grave de amor y pena.

¿Por qué acaban todas las historias cuando los enamorados se casan? A mí me parece que lo más interesante es todo el proceso posterior al del enamoramiento. ¿Es que a partir de la boda ya no hay nada más que contar? Me da mala espina, es como si la vida ahí tuviera oculto su fin. ¿Y después? ¿Qué pasa después?

–Después, yo seguía sin desear ser madre, quedarme embarazada, tener un hijo. Y, sin embargo, vino. Me parecía un nuevo castigo de la vida añadido a los muchos otros que ya había tenido que soportar. Cuando me dijeron que era una niña, me acongojé en el momento. Tendida en la camilla, le volví la cara. No quería verla. La criatura, cerca de mis oídos, no paraba de llorar. Y yo. Yo también lloraba, sentía remordimientos por haberla hecho nacer de mí, por haberla condenado a cargar mi herencia…

…Todos mentimos respecto a que nuestro deseo es que nuestros hijos sean felices, no es eso lo que deseamos en realidad. Queremos que sean mejores que nosotros, y no pensamos siquiera en que existe la posibilidad de que sean incluso peores. Si fuéramos conscientes de lo que se puede torcer la cosa nadie tendría hijos…

…Cuando el doctor nos informó sobre la identificación en un ultrasonido prenatal de posibles signos de autismo en nuestro feto, nos dio la opción de abortar. Nos advirtió de que la decisión era difícil, pues cambiaría nuestras vidas para siempre.

El amor puede con todo, me dijo.

¿Hablas de capacidad o de destrucción?, pensé.

El amor no puede curar una enfermedad mental, respondí.

✶68✶

Yo nunca he considerado el amor por un hijo más profundo que cualquier otro, pero sí es cierto que es un amor diferente, y esto se debe a que se fundamenta en el miedo. Nunca has experimentado el miedo verdadero hasta que tienes un hijo, y quizá eso es lo que nos convence de que es profundo, porque el miedo sin duda lo es.

En ese momento, la palabra "abortar" no se le presentó como una simple opción médica, sino como la realización del miedo que siempre le persigue: la crueldad de la vida. Apareció en su mente la dolorosa imagen de los patucos de Hemingway sin estrenar, de una cuna con un vacío que jamás se llenaría. No se trataba de elegir, sino de cargar para siempre con el peso de aquella elección.

Al mismo tiempo, habló dentro de ella una voz aterradora que no tenía otra explicación sino que se tratara del mismísimo diablo:

"Hazlo. Cava una tumba en tu vientre. Ampútate el alma. Deja que me lleve a tu fantasma diminuto. Tranquila, sus primeros pasos resonarán en los pasillos y solo tendrás que cargar a tus espaldas con un ataúd en miniatura. Hazlo".

Horrorizada, le volvió la cara a aquella voz. Permitir que ese pensamiento permaneciera en su cabeza la condenaría al infierno. Comprendió que no se trataba de elegir entre la vida o la muerte, sino de decidir cuál de las dos la perseguiría.

✶69✶

–Ante el silencio acompañado de mi rostro descompuesto, mi marido aceptó. Aceptó tenerlo. No íbamos a abortar. Sin embargo, el doctor tenía razón. El nacimiento de la niña marcó un antes y un después en nuestras vidas. No teníamos mucho dinero, así que la cuidamos sin ayuda. Generalmente, no causaba demasiados problemas, pero de vez en cuando sufría alguna que otra crisis. Se autolesionaba dándose topetazos en la cabeza, huía de nosotros, incluso nos golpeaba, entre otros comportamientos…

…Nunca pensé que llegaría a pronunciarlo en voz alta, pero más de una vez consideré que debimos haber abortado. Me duele. Me odio por siquiera imaginarlo. No es justo. Pero opino que es la verdad. Nos pudimos haber ahorrado todo ese agotamiento. Echo de menos lo que éramos antes de ella. Pero, ¿la amo? Sin duda alguna, esto no sería tan complejo si no la amara…

…¿No te parece que erróneamente tememos más a la muerte que al dolor? La vida duele mucho más que la muerte. Cuando la muerte llega el dolor termina. Yo nunca tuve miedo de morir. De hecho, pensaba en ello de vez en cuando. Nunca tuve miedo de cerrar los ojos por última vez. Nunca tuve miedo de cómo la vida continuaría sin mí. Nunca tuve miedo hasta que formé una familia. Ella acabó por convertirse en la razón de mi vida y ahora tengo miedo…

✶70✶

Ositos de gominola. Una caja de ceras de colores. Pintar con los dedos. Seguridad. Saltar en una colchoneta. Reír con amigos. Inventar juegos. Una pelea de globos de agua. Afecto. Una fiesta de pijamas. Hacer pulseras de la amistad. Un abrazo. Un baño de burbujas. Rodar por una colina. Volar una cometa. Estabilidad. Disfrutar del verano. Construir un castillo de arena. Helado.

Es importante experimentar las ilusiones de la infancia. El adulto sabe que no tarda en llegar el momento en el que el globo explota, pero, ¿solo por eso le corresponde negárselo al niño? Entonces nos divertíamos más, cuando solo echábamos cuenta al presente. Lo que da miedo es el hecho de que no dejamos de ser niños de un día para otro. La infancia se nos escapa poco a poco, tal como el aire de un globo pinchado.

✶71✶

–Escribieron mi primera carta de amor con ceras de distintos colores, y en letras mayúsculas se podía leer: “Te quiero, mamá”. Ya había aprendido a escribir, y aún me daba la sensación de que fue ayer mismo cuando discutimos porque no se desprendía del chupete. ¿Cómo pasaron tan rápido esos años?...

…Mi matrimonio no fue siempre perfecto, claro que no. Alguna que otra vez tuvimos nuestros malentendidos; sin embargo, siempre encontraba la forma de disculparse con una dulzura que únicamente volvería a percibir en nuestra hija. Recuerdo una noche en la que le pedí que recogiera todo lo suyo y se marchara. Entonces, me levantó por la cintura dejándome caer medio cuerpo por su espalda y caminó decidido hacia la puerta. Entre risas, le exigí que se quedara. “¿Por cuánto tiempo?”, me preguntó. “¿Es para siempre demasiado?”...

…No lo fue…

…Porque nunca terminé de enamorarme de él. Por regalarme los años más bonitos de mi vida. Por ser la excepción a todo lo que pensé que nunca sentiría. Porque descubrí el amor de su mano, al darle un beso en la frente, descansando en su pecho, enredando mis dedos en sus rizos, pegando su nariz contra la mía, sonriéndole a milímetros…

…Porque el amor era eso, mi nombre en su boca y todos los otros que inventó para mí, sentirnos niños pequeños juntos, ser quien realmente éramos, la sonrisa que deriva de su pensamiento, el esfuerzo mutuo, su inequívoco instinto cuando me pasaba algo, el comprender cosas juntos… Todo desde que lo conocí…

…Mientras mi corazón lata, y mi cuerpo y alma sigan juntos, puedo admitir que lo sigo queriendo, aunque nunca haya tenido ni idea de cómo hacerlo. Cuando muera, que abran su tumba y me echen dentro, que entierren juntos nuestros restos, y que la lápida exprese que allí yace el amor.

✶72✶

En la granja, un perro viejo de respetable ladrido ronco se mostró obediente a su deber de guarda. Un día llegó y no volvió a abandonar su puesto, la puerta de entrada, como una gárgola de carne y hueso. Ese perro se vinculó tanto a la familia, que cuando el marido salía por trabajo, el perro parecía que esperaba confuso, preguntándose a dónde se habría ido sin él. Sin embargo, el día del accidente desaparece.

–Sobre el accidente no te voy a contar nada. Me niego. Hay cosas sobre las que sabes que morirás antes de decir palabra. De hecho, cosas que sabes que preferías haber muerto antes de haberlas vivido. Me comunican: "Ha fallecido", ¿acaso puede una comprender tales palabras? Sobre quien había visto marcharse por la mañana, sobre quien esperaba volver a ver por la tarde…

Yo vuelvo por mis alas,
¡dejadme volver!
Quiero morirme siendo amanecer,
quiero morirme siendo ayer .
–Federico García Lorca.

✶74✶

…Eso es lo primero que se da ante un duelo: un forcejeo inútil contra lo irreversible en el que partes con la desventaja de ser incapaz de admitirlo. Simplemente la idea no te cabe en la cabeza. ¿Pero cómo iba a ser posible que ya no estuviera? Esa persona que tanto espacio ocupaba en mi mundo, ¿dónde se habrá escondido?...

…No puedes comprender que haya desaparecido para siempre, es una realidad que la mente rechaza. ¿Para siempre? ¿Pero cómo no voy a volver a verlo jamás? Cuando alguien querido ha marchado, lo primero que no te cabe en la cabeza es su ausencia…

…"Recordar" proviene del latín "re-cordis" que significa "volver a pasar por el corazón". Al extrañarlo recuerdo que ya no está, y por eso lo extraño a propósito, para evitar olvidarlo. Soy consciente de lo triste que es, pero ese momento vale mi pena …

…Volver a la playa, al cine, a compartir ropa, a cuando era mi guardaespaldas en feria, al primer puñetazo que le di sin querer. A nuestro primer cumpleaños en la casa de sus abuelos, a las noches de relámpagos en las que secaba mis lágrimas, a los días de invierno con la nariz roja, a nuestra primera Navidad. A la de veces que me he chocado riéndome con él, al momento en el que me pidió la mano en nuestro primer aniversario, a la primera vez que me dijo te quiero o a la última…

…Pero volver.

✶75✶

El hombre al que amó se había convertido en un fantasma y ella hizo de sí misma el lugar de las apariciones. El asunto es que el perro no volvió a aparecer nunca más. Se fue su marido con su perro. A ella la consolaba la creencia de que se marcharon juntos. Aún así, la compañía de ambos fue como vivir en todos sus lugares preferidos a la vez y ahora esa ausencia la dejó sin hogar. La granja ya no era lo mismo. Él se fue y se llevó todo lo que era suyo. Su marido se llevó las flores y los colores con él. Él se fue y no se la llevó, y ella era suya.

Esa misma noche, evidentemente no pudo dormir, le empezó a molestar hasta la desesperación la falta del olor de él a su lado de la cama. Entonces, quiso hundir su cara en sus ropas, llorar a gritos. Pero se quedó quieta, con los ojos bien abiertos, en silencio.

Afuera LLOVÍA, Llovía, llovía.

Y también adentro.

✶76✶

Cuando nadie te despierta en la mañana y nadie te espera en la noche, ¿se trata de libertad o de soledad? Ella pensó que quizá si esa noche dormía lo suficiente él la despertaría en la mañana siguiente y no tendría que pasar por todo de nuevo sola. Pero no ocurrió así.

Despertó desorientada. Durante el primer segundo de esa mañana, lo había olvidado todo. Por supuesto que aquella sensación no tardó en desvanecerse, luego sintió un dolor estridente en el corazón, como cuando tropiezas descalzo con la esquina de algún mueble.

Nunca intentó sanar porque ese dolor era lo último que le quedaba de él. Sorprendida por la ambición, trató de fingir un rato más de desconocedora. Le planchó el uniforme para el trabajo. No pasó por agua los pelos de su barba que aún descansaban en el lavabo. De la misma forma que no se deshizo de las cosas del perro. “Mi marido no está muerto, solo han ido a dar un paseo”.

Tal vez si lo fingía más aún… Pero no. De vuelta a lo irreversible. ¿Qué pretendía conseguir con ese numerito? Era inútil. Se sintió como si hubiese descubierto que las navidades no eran reales, solo le quedaba aparentar que no era cierto; aunque bien sabía la dolorosa verdad: ya no había vuelta atrás, pero a la ausencia no hay quien se acostumbre.

✶77✶

Sabes que nunca pido las cosas por favor;
así que, por favor,
no te vayas.
Al menos, ven y despídete,
para que te deje de esperar.
Todas las noches
riego tu maceta de crisantemos,
pero no volverán a florecer
como lo hicieron la primavera pasada,
porque mis lágrimas ya están por agotarse.
Me parece que el olvido está a punto de llegar,
y con él, la derrota ante la deleitosa muerte.

✶78✶

¡Despierta!
Fallecí en un accidente de coche.
No veré a nuestra hija crecer.
No envejeceré.
No os acompañaré en el tiempo que os queda.
Dime, ¿por qué extrañas tanto a los muertos?
Llora una vez, pero no llores más.
Estamos en un lugar mejor.
Perdiste la familia, perdiste la amistad, perdiste el amor.
Sé que no es justo, pero ¿a quién le importa?
Lo que tienes que hacer es encontrarte a ti misma.
Entonces, llegará ese día en el que no planees tu suicidio.

✶79✶

–¿Sabes? Llegó un momento en el que me rendí bajo la conclusión de que nunca conseguiría hacer que nadie entendiera qué es lo que pasaba en mi interior. ¿Cómo lo haría? Si no era capaz ni de explicármelo a mí misma. Lo intenté. ¿Podría haber ido a terapia? Quizá, pero nunca fui. Me limité a tomar tranquilizantes sin receta médica y a duras penas con ello lograba pasar el día entero durmiendo…

…Una vez soñé que mis emociones más profundas fluían ante mis ojos a través de mis venas. Esa era mi sangre y yo no podía cambiarla. Así como no podía cambiar a mi familia. Tampoco podía cambiar el pasado. Entonces, ¿cómo lograría cambiar quién era? ¿Cómo me desharía de esa soledad que corría por mis venas? Quizá, debí haber aprendido a vivir con ello, por eso necesitaba ir a terapia. Quizá, pero nunca fui…

…Desde hace tiempo siento que ya no soy una persona, sino un problema. Odio sentirme así, es patético. ¿La gente normal se habrá sentido así alguna vez? Supongo que no, parecen perfectos en todo momento. Y debo confesarte que mi problema es que creo que no soy la propietaria original de este cuerpo. Recuerdo estar deambulando como fantasma y adueñarme de él. Cuando oigo voces, lo sé, es ella intentando ahuyentarme …

✶80✶

Con el paso de los días fue asentándose en su cabeza la idea de que, incluso si reaccionaba, nada cambiaría. Para eso tendría que volver a la situación inicial, pero cada momento de su vida se relacionaba con una acumulación de otros, de modo que cuanto más trataba de acercarse, más se alejaba.

A veces, lo mejor es dejar las cosas pasar. La vida se vive mejor cuando no te cuestionas cómo vivirla. Sin embargo, ella se acostaba cada noche sabiendo que ninguna cantidad de sueño podría remediar el tipo de cansancio que experimentaba. En cualquier caso, "No voy a suicidarme". "No quiero hacerlo". "No voy a hacerlo".

¡Por fin una decisión acertada! ¡Por fin una decisión firme! ¡Se levantó de la cama! ¡Salió de su cuarto! ¡Fue en busca de su hija! ¡La abrazó! ¡Le demostró lo mucho que la quería! ¡Vivió triunfalmente! ¡Murió feliz!

Intentó suicidarse. Quería poder morir con facilidad, con tranquilidad. Sobredosis de opioides.

La frase "Quiero morirme" rondaba continuamente en su cabeza, la respuesta "Entonces muérete" la sorprendía a continuación, como si hubiera alguien dentro de sí misma que escuchaba sus palabras y las contestaba.

Estar tendida quieta el tiempo que fuese necesario. No moverse. Mirar un punto del techo hasta dejar de pensar. Dominar la angustia. Pensar despacio. Respirar despacio. Saber que no hay más que esperar en silencio. Estar tranquila. Sentirse tranquila. No se está mal. No se está tan mal. Tranquilidad. Para qué pensar. No hay más que estar quieta. No pensar en nada. No pensar. No hay por qué pensar en lo que ya está hecho. No pienses. Estás bien. Estás tranquila, tranquila. Tranquilizándote poco a poco. ¿Cerrar los ojos? O, ¿es lo mismo que tenerlos abiertos? Es lo mismo. No pensar. No pensar. No pensar. No pensar tanto. Quedarse quieta. Se está bien. Se está bien sin pensar. Mirar al techo. Sin pensar. No tienes que pensar, porque ya no puedes arreglar nada pensando. No. Estás quieta, tranquila. Lo hiciste lo mejor que supiste. ¡No! No pienses. Es mejor no pensar. Tranquilamente, dejar pasar el tiempo. No caigas. No tengo que caer. No tengo que pensar.

✶81✶

–Recuerdo sentir frío a través del corazón, hacia los pulmones. Renunciar a respirar, a mis latidos. Espuma. Despierta y dormida. Una conversación con un fantasma. En principio, pensé que sería con mi marido, pero luego me di cuenta de que fue con mi madre:

–¿Es aterrador? –le pregunté con cierta desconfianza.

–No, no lo creo –me respondió bastante más serena de lo que esperaba–. Es la forma en la que es, ya sabes. Todo tiene que llegar a su fin. ¿Qué has estado haciendo, hija?

–Descubriendo el amor, mamá. Nos vemos en el otro lado – le anuncié inocente a modo de despedida.

–Hija mía, no hay otro lado –se me saltaron las lágrimas– este es el que hay. Si encuentras la felicidad, muéstramela.

OCTAVA PARTE: ACEPTACIÓN

“Mi madre también murió”, murmuró.

Sufría menos esta vez por la pérdida de memoria, por preocupante que fuera, que al “enterarse” de la muerte de su madre cuando ya era casi tan vieja como ella cuando se mató; al saber que tampoco la volvería a ver a ella, que no la había visto en realidad, desde hacía años.

✶83✶

–Tras la pérdida de todos los hombres en la familia, mi madre se pasó a la habitación de la abuela. Pienso que quizá en la suya se sentía fuera de lugar, y la soledad de sentirse fuera de lugar es mucho peor que la soledad de sentirse no acompañado. No creo que eso lo solucionara la abuela, pero por lo menos brindaba compañía. La religión era otra cosa que pienso que la ayudó mucho. Durante un tiempo las cosas fueron bien, casi normales. Pero no duró…

…Después de que mi hermano desapareciera, mi madre culpó a mi padre, pero acabó culpándose a sí misma. Cada vez pasaba más tiempo en su habitación. En esa habitación compartida que siempre ha tenido para mí un olor muy muy familiar. Sin duda, una parte de ellas sigue allí viva. Alguna que otra vez jugábamos juntas, pero no era un rato agradable. Lloraba demasiado…

…En una ocasión me confesó que su psiquiatra le había aconsejado que dejara de pintar, pues estaba tomando las riendas de su salud mental. Especialmente, ella se disgustaba mucho cuando pintaba seres alados, pájaros. Las ideas que plasmaba tomaban un giro oscuro que no eran propias de un artista común…

…Mi madre era una enferma mental. Nunca pronunciábamos esas palabras porque la gente huye, nos mira con miedo. Pero sí. Su mundo era necesariamente distinto, y su enfermedad convertía la vida en una interminable pesadilla. Nunca pronunciábamos esas palabras porque no queríamos aceptar esa realidad.

Es cierto que los antipsicóticos pueden no servirte, incluso pueden incitarte aún más a que te arrojes al vacío, pero en la mayoría de los casos funcionan. Claro que te atontan un poco, te hacen salivar, te vuelven el cuerpo rígido, acompañado por supuesto de dolores musculares, impotencia, tics, temblores, y hay que tener especial cuidado con las convulsiones. Pero buena parte del tiempo lo echarás durmiendo. De eso se trata, de adormecerte el cerebro.

Podría emborronarse tu mirada, ralentizarse tu capacidad de comprensión, dificultarse tu habla. Pero todo por tu bien. No podrán curarte, eso no. Pero ya no recurren a tratamientos religiosos como exorcismos por posesión demoníaca, baños con agua fría (hidroterapia), trepanaciones o lobotomías . Ya no te ponen electrochoques, ni te retienen dentro de una camisa de fuerza, ni te arrancan los dientes.

–Sin droga, no era ella. Con droga, dejaba de ser ella. No sabía yo cuál de las dos sería la mejor. Pero se supone que su psiquiatra sí, y le suspendió la droga. Al principio, me preocupé un poco, pero secretamente quería pensar que eso se trataba de una buena señal…

…Con un desenlace feliz en mente, no sospeché siquiera que existía la posibilidad de que las cosas fueran a peor. La ausencia de medicación hizo que mi madre se quedara del otro lado. Sí, hay un "otro lado" que no es la muerte. Esas palabras me resultan aterradoras. Luego, la carta de su psiquiatra decía:

"Estimada señora Espinosa:

Como psiquiatra de su madre puedo entender su deseo de una explicación. Tal como yo lo veo, su problema comenzó poco después de convencerse de que necesitaba encontrar ayuda respecto al abuso psicológico que había sufrido por mayor parte de su marido. Creo que, recién falleció el padre de usted, notó por primera vez la monotonía de su vida diaria. Eso la condujo a retraerse en una parte de sí misma.

En nuestras sesiones advertí cómo su mente empezó a divagar. Le pedí que lo describiera. Dijo que empezó de a poco, mientras pintaba cuadros. Imaginaba que se sumergía en ellos. Sabía que todo estaba en su cabeza, pero no se lo tomaba a broma. Yo tenía la esperanza de que aquello se tratara simplemente de una forma peculiar de rebuscar entre sus sentimientos más profundos.

Pero no encontró lo que yo esperaba.

Me empecé a preocupar por ella. Estaba soñando despierta. Hablé con usted, pero me dijo que estaba contenta. Como completamente nueva. Así que la dejé continuar. Incluso la animé a hacerlo. Había descubierto, a través de su capacidad de invención, el placer de la huida hacia dentro. Apartarse del mundo real y crear uno nuevo. Pintura a pintura.

Sin embargo, cada día su imaginación se hacía más inquebrantable. Le rogué que dejara de pintar, que se quedara con nosotros, pero su mente ya no estaba de este lado. Aunque dejó de hacerlo, una parte de ella seguía pintando. Sabía que aquel mundo era producto de su imaginación, pero estaba demasiado orgullosa de ello. Para alguien que nunca había conocido el éxito en el mundo real debió de ser abrumador.

Me dijo que su imaginación era tan real como su cuerpo, algo difícil de discutir. Empezó a olvidar el mundo que conocemos. Yo seguía pensando

que podía salvarla. Pero el resto creo que ya lo sabe. Mi más sentido pésame, su madre era una mujer que será extrañada por todos los que la conocimos".

Ella, que había pintado tantas criaturas aladas,
no consiguió volar.

El llanto de la anciana se había estado preparando, la carta no había hecho sino precipitarlo, así como el polvo hace de un estornudo. Volvió a colocarla con cariño entre sus pechos. Ahora que también su madre se había ido. Así debía suceder. Una parte de ella sentía la congoja del huérfano.

Objetivamente, no se querían del todo como madre e hija, más bien como parientes. Resultaba más fácil de esa manera. Pero a veces se entristecía pensando en que ahora que ya no estaba, se encontrarían para siempre entre parientes y desconocidas.

(Entre estas páginas, otra voz decidió abrirse paso para revelar su propia versión de los hechos).

Son las dos de la madrugada, han bajado las temperaturas y fuera hace frío, pero se está bien en esta habitación. Hace un ratito, mi madre casi pierde su vida intentando traer una a este mundo, la mía. Ahora, mamá reposa y papá se limpia las lágrimas con la manga de la camisa intentando deshacerse de su preocupación. En ese momento anunciaron que yo era una niña, y sus lágrimas volvieron a caer, pero esta vez de alegría. La habitación se completó con el sonido de mi primer llanto. De hecho, los tres coincidimos llorando, como si pretendiésemos nadar en la habitación. Pero de alguna forma, juntos encontramos la paz.

Son las dos de la madrugada, fuera hace calor, pero dentro de esta casa hace frío. Estoy sentada en el suelo del baño, no es una habitación acogedora, mas estoy tan habituada a ella que ya no reparo en su aspecto. Me prometí que no volvería; sin embargo, aquí estoy, leyendo cartas, intentando reencontrarme con aquella paz.

Todos creen que ahora está enterrada bajo el suelo, pero yo sé muy bien la verdad, mi madre me lo dejaba claro a menudo: “Cuando muera no te quedes junto a mi tumba llorando porque no estaré allí”. Por esa razón, pensé que lo más adecuado sería que esa noche me acostara en su antigua cama. Deseaba que el día acabara cuanto antes, que se abriera la tierra y que, al fin, acabáramos enterradas las dos. Sin embargo, no sé cuántas horas estuve sin dormir.

De repente, era niña de nuevo, bajo las mantas, deseaba que pasara la noche y que mi padre regresara en la mañana. Muchas veces me preguntaba cómo habría sido nuestra vida si mi padre no hubiera muerto. Él fue el único motivo por el que nos sentimos una familia durante varios años. Muchas veces deseé que mi madre hubiera muerto en su lugar. Ahora, acurrucada, guardaba silencio para poder interpretar si estaba de ánimos o no, de eso me escondía bajo las mantas.

Cuando llegué a casa después del colegio, cerré la puerta con la cabeza baja. Hace tiempo que no espero a que mi madre me reciba, siempre pensé que ella tenía más derecho que yo a estar destrozada. No lo sé. Algo había cambiado en ella, pero no conseguía entender el qué.

Me extrañaba lo callada que estaba, y también yo, mi boca se iba llenando de silencio descolorido. Ese día me puse el vestido más bonito que

tenía, a menudo intentaba devolver el color a aquella casa.

Ahora reflexiono sobre ello, sobre lo duro que es mantener con vida a alguien que ya no quiere vivir. Después del entierro de mi padre, mi madre se encerró en su habitación. No le reprocho que reaccionara así, aunque pareció que había sido yo quien lo había matado; sin embargo, me habría gustado que hubiera pensado más en su hija viva que en su marido irreversiblemente muerto.

Que se hubiera preocupado por cómo me sentía yo, por los padres de mierda que habían sido, y que seguían siendo, puesto que aún faltaba ella por matarse. Quería que se disculpara por no haberme querido durante todo ese tiempo. Pero, hablando claro, a mi madre yo le importaba un pimiento frito.

Era la madre más desagradecida que jamás había conocido. Yo la odiaba y todos los demás estaban muertos. Quizá suene injusto lo que digo, pero aún más desagradecida que eso era mi madre. De haber podido, la habría cambiado por cualquier otra madre del mundo.

Sin embargo, yo la devolví a la vida. Gritándole que no muriera ahora. Que no se le ocurriera morir así. Que no muriera antes de tiempo como una traidora. No sé cómo lo hice, pero no me lo agradeció. En cuanto se recuperó, acurrucada en mi regazo, me cargó con todo el dolor que había en su interior. Estaba claro que se había vuelto loca.

De algún sitio, las lágrimas empezaron a caer y me di cuenta de lo cansada que estaba. Luego, tampoco sé cuántas horas estuve durmiendo. Las mantas hicieron que aquella casa se sintiera un poco menos fría.

–¿Quieres quitarte la vida? –su pregunta le sonó imposible porque nunca había escuchado a nadie preguntar directamente tal cosa–. No quiero que lo hagas. No puedo dejarte que lo hagas. No puedes dejarme aquí sola. Necesito… –se le quebró la voz–. Te necesito. Si murieras ahora, yo no sabría qué hacer.

–Lo siento –le dijo mientras se acercaba a ella, verdaderamente esperaba que en el fondo pudiera entenderlo–...

…Lo siento. Nunca quise ser tu madre –acto seguido se tapó la boca con la mano, como si así pudiera volver a guardar aquel secreto que nunca debió haber escapado.

–¿Por qué? –le preguntó ella con los ojos llorosos, exhausta por lo que había hecho y estaba diciendo.

–Simplemente, nunca me sentí como una madre –dijo apartándole la mirada porque no soportaba verla llorar, le hería los ojos.

–Entonces, ¿por qué me tuviste? –sollozó.

–¡Lo intenté! –empezó a gritar como si algo la extrangulara – ¡Lo intenté!

–¿Cómo? –preguntó asustada tras un momento de silencio, ambas callaban casi gritando.

–Intenté tener un aborto espontáneo –le confesó–. Intenté todo lo que pude, pero no funcionó.

–¡Intentaste matarme, mamá! –intervino horrorizada.

–¡Estaba intentando salvarte! –replicó con un lamento sincero–. Y no me mires con ese asombro. ¡Ya te matará la vida! Entonces me recordarás... ¡Oh! ¡Hubiera querido matarte yo misma cuando pequeña!

–Mañana nos vamos –se atrevió a revelarle finalmente en aquel momento en que la odiaba más que nunca–. Haré que el asilo de ancianos envíe un taxi a buscarte, ¿de acuerdo?

–Yo no me voy. ¡Ten claro que eso que tanto temes no va a desaparecer porque salgamos de esta casa!

–¡Cállate ya, por favor! ¡Todos están muertos por culpa de tus historias!

Habló el resentimiento . Sin embargo, entendí lo que quería decir, no por sus palabras, sino por el dolor que las acompañaba. Estaba temblando, atacada por el pánico. “Es que ha sido muy duro”, murmuró antes del llanto. Nunca la había visto llorar de tal forma, sentí su dolor.

El problema era que ninguna de las dos queríamos verla muerta, pero ya no soportábamos tanto sufrimiento. Acabamos llorando un rato las dos, una por la otra y cada una por sí misma. Fue la última vez en la que habría podido desodiar a mi madre, si es que me hubiera dejado.

Trato de calmarla estrechándola entre mis brazos durante un buen rato, hasta que noto que se duerme. Me había convertido en su madre, y ella, en mi hija. Tal vez si hubiéramos nacido al contrario, todo habría salido mejor.

Entonces, la abrazo fuerte y le suplico con un hilo de voz: “Mañana nos vamos. No te mates”. La elección de esa exacta última palabra me afectó de una manera imposible de describir. Ella me mira con ojos apenados, y recuesta su cabeza en mi hombro. Adivino su pensamiento:

“Hija, no me queda de otra”.

–Dime qué es lo que más vas a echar de menos cuando me haya ido…

…Solo una cosa, hija…

…Vamos, algo tiene que haber…

…Por favor.

–La nostalgia de lo que pudo haber sido una madre…

…Te he querido, mamá, te he querido como he podido.

✶90✶

Finalmente, me meto en mi cama con el corazón encogido. Ahora no necesitábamos olvidarlo, sino un milagro: que no hubiera ocurrido lo que había ocurrido. No olvidar, sino no tener nada que olvidar, porque el recuerdo volvería y se desharía de nosotras.

De madrugada, me despertó un ruido. Mi primera reacción fue ir a comprobar si mi madre seguía durmiendo. Con sobresalto descubro que su cama está vacía y la puerta de la entrada, abierta. Presa del pánico, me asomo y la llamo . Mientras que las palabras salen de mi boca, ya se había adentrado en el bosque. Me tomé un momento para seguir con la vista cada uno de los árboles que se agitaban bajo la lluvia e imaginar los lugares oscuros que esconderían .

✶91✶

Tras la muerte de mi padre no se me permitió estar triste, nadie me lo impidió tampoco, pero tenía que encargarme de mi madre. Todos los días se levantaba con los ojos ensombrecidos por la pesadumbre de sus cejas. Le lavaba la cara mientras me aseguraba que esa mañana no tenía apetito. Comía muy poco. Luego la llevaba a darse un baño, pero se negaba. No quería quitarse la ropa.

Según ella me había confesado, aquello se debía a que su abuelo paterno la observaba en todo momento. A que lo sentía detrás de las cerraduras, ojeando. Siempre intenté no alimentar sus fantasías, pero para que se quedara tranquila, tapé las cerraduras con cinta adhesiva americana.

Al día siguiente, me dijo que durante la noche su abuelo había perforado la cinta de su cerradura. Yo fui a comprobarlo, y al acercarme a echar un ojo, retrocedí bastante dolorida por una punzada. Al otro lado de la puerta mi madre gritaba de júbilo, creyó que por fin había apuñalado a su espía. La dejé creerlo, ya que no preguntó por mi ojo vendado. Así, el tema pareció quedar zanjado. Ahora, sencillamente, me decía que no tenía ganas de nada.

✶92✶

–Cuando ya nada podía hacer con prisas, me exigió que preparara mi equipaje, esperó hasta el día anterior a mi partida para decírmelo. Impotente, terminé dejándolo todo atrás. Todas las cosas mías que no me pude llevar quedaron para la casa. Estuve a punto de convertirme en ella, de ocupar su puesto…

…No estoy segura de si mi hija procuraba que fuera más fácil o más difícil. Aquello se avecinaba desde hacía tiempo. Quizá debió haber sucedido antes. De una manera u otra, tenía que acabar así. Este pueblo, esta casa, estas paredes, tenían algo que en el fondo sabía que ni el pueblo, ni la casa, ni las paredes tenían nada que ver. Ahora sólo me queda contarte lo que pasó antes de que me recogieras…

…Los olores de la casa se reunían en torno a mí esa noche como para despedirme. Todo lo perdería allí por un periodo tan largo –eso me parecía– que cuando regresara nada sería igual, ni siquiera yo misma. Por eso se sintió como un adiós para siempre…

(Por eso esa sensación que has captado desde las primeras líneas es la sensación de la pérdida, la aceptación final. Cada frase pretende transmitir la fuerza de su relación con la casa y la nostalgia de su pérdida, pero también la necesidad de apartarse de ella, de correr hacia lo desconocido, lejos de aquellos olores, de pasar página para comenzar un nuevo capítulo).

…Esa noche, las voces me metieron en la cabeza que todo se trataba de un plan dirigido en mi contra: volverme loca, encerrarme, incitarme al suicidio. Mi hija me dejó realizar parte del trabajo, trastornarme yo sola. Me habría convencido totalmente de mi locura, y si yo la acusaba, eso sería una prueba más. Ella estaría preparada para cualquier eventualidad. Por ello, descarté las opciones de ataque y opté por las de la huida…

…Antes de encender la luz del dormitorio, me detuve unos instantes recelosa, con el presentimiento de que el pájaro estaría allí observándome. Aun sabiéndolo, pulsé el interruptor y lo descubrí destacando en el centro de la habitación. Totalmente inmóvil, el bicho parecía una más de las cosas ruinosas que decoraban su alrededor. Yo formaba parte, sin duda, de ellas. Nada de lo que había allí era mío. Del mismo modo que mi vida tampoco lo había sido…

…Ambos nos mantuvimos paralizados intentando descifrar las intenciones del otro. Finalmente, eché a correr. Al pasar el pasillo, dejé de mirar hacia atrás. Bajando los escalones de cuatro en cuatro, llegué agitada al vestíbulo. Por último, salí al exterior y me alejé de la casa para considerarme a salvo. Cuando mi hija abrió la boca para gritar, yo ya estaba sumergida en el bosque como un fantasma bajo la lluvia…

…Me desorienté. Por un tiempo, vagué. Experimenté una sensación de vértigo. ¿Por qué será que todo me parece desconocido?, como si viera las cosas del revés. Noté que iba perdiendo la facultad de ver bien. En un movimiento rápido, como si alguien me tapara los ojos con las manos, lo que tenía a la vista desapareció. Me quedé ciega. Una ceguera negra...

…Empecé a escuchar cosas a través de la tormenta. Cosas que no puedo explicar. El tarareo de una canción. Una voz. La escuché por encima de las demás. Absurdo, desde luego, pero ¿qué se puede esperar después de todo lo que me ha ocurrido?...

…No tenía a donde ir, pero debía escapar deprisa. Bastaría con mi confusión para que me encerraran de inmediato. Aunque, ¿y si me anticipaba? ¿Y si me iba a buscar a alguien y se lo contaba todo? Soltar lo que a cualquier persona sensata no podía parecerle sino una sucesión de absurdos. No era la mejor idea, pero era la que tenía. Entonces, ¿qué haría ahora? Echar a andar todo recto hasta encontrar a alguien.

¿En qué punto se retorcieron las cosas? –se preguntaba en esos momentos–. ¿Cuándo comenzó todo esto? Mejor dicho, ¿cuándo comenzó a retorcerse todo esto? Comprendí que se acercaba el final. Antes de morir desearía dejar de estar triste. Dicen que cada átomo de nuestro cuerpo fue alguna vez parte de una estrella; tal vez no me marcho, tal vez finalmente vuelvo a mi hogar, a mi estrella guardiana.

Cubriendo el ruido de la lluvia, han empezado a sonar las sirenas de una ambulancia.

PARTE FINAL

✶94✶

Tu espera no ha sido en vano.
Sé que esperabas algo sobre mí.
Aquí lo tienes.
Te desearía que lo disfrutes,
pero dudo que lo hagas.
–El hermano desaparecido.

¿Qué hacía? ¿Dónde estaba? ¿Qué pensaba? ¿Era consciente, por lo menos, de que había desaparecido? ¿De que había existido?

Como siempre, cantando la misma canción una y otra vez. Esa era su única forma de mantener la calma. Murmuraba lo mismo una y otra vez desde la cama. Por la mañana, se levantaba con la boca pastosa, enloquecido por las estrofas que había estado repitiendo una y otra vez sin descanso. Al cabo de un rato, eso acababa por alterar los nervios a cualquiera.

Estaba rodeado de pacientes considerados peligrosos. Se trataba de una institución para enfermos mentales con tendencias asesinas. Él estaba allí porque asesinó a su abuelo. Solo que no le consideraban culpable de asesinar solo a su abuelo. Si hubiera sido así, no habría pasado tantos años en ese hospital para enfermos mentales.

No, no solo por su abuelo. Las autoridades creían que él los había matado a todos o a casi todos. Querían que se confesara culpable de todo. A él no le molestó. Después del horror que había vivido en la casa, después de todo lo que había pasado, ya le daba igual.

Dijo que sí, que había matado a su abuelo. Eso era cierto. Sí, había matado a sus padres. Eso también era cierto; al menos, los había llevado a matarse. Sí, había matado a sus abuelos. Sí, a todos. No era verdad, pero no importaba. Alguien tenía que cargar con la culpa.

✶96✶

De niño, su abuelo empezó a abusar de él. Siendo adolescente, le acusaron de delito grave y le pusieron en libertad condicional. Entonces, todos los que abusaban de él desaparecieron. Así como cuando terminó la libertad condicional, todos volvieron a aparecer. Debido a ello, toda su vida continuó saliendo en busca de incriminarse a propósito, porque así era como se protegía del abuso.

Cuando asesinó a su abuelo, sus amenazas se hicieron realidad; porque de pequeño, cuando abusaba de él, le decía: “Si alguien se entera, acabaré con toda la familia”. Y aunque no sucedió como imaginaba, cuando lo asesinó, su padre fue a prisión, su tío se suicidó y toda la familia se descompuso.

Estaba seguro de que todos lo culpaban, porque fue su culpa. Se convirtió en un niño solitario, mientras siguió acumulando delitos graves en su historial. Así que el juez, que estaba al tanto de su situación, lo envió al hospital para enfermos mentales. Nunca había estado en uno antes, así que no sabía lo que le esperaba. Solo era un niño abusado, pero allí se convirtió en un animal salvaje.

✶97✶

Una noche apagaron la luz de su habitación, su única protección cuando se ponía el sol. Sin luz alguna, entraban “cosas”. El tipo de cosas que había asesinado a su familia. Y de un momento a otro, todas estaban parloteando a la vez: “Debes regresar, aún vive”.

La tormenta no cesaba. Mojadas las paredes de cemento se veían aún más oscuras y gruesas. En los días claros era difícil escapar. Pero en días como estos, todo el personal del sanatorio se ponía en estado de alerta.

A la mañana siguiente, se estaba lanzando por la escalera del metro, saltó por encima de las barreras, siguió corriendo hasta el andén, llegó en el momento en el que aparecía el tren. Tras bajarse en su parada, fue andando hasta el hospital. Durante el trayecto se esforzó por llorar, con la esperanza de calmar así sus nervios.

La habían encontrado inmóvil y de pie en medio del bosque bajo la lluvia, con los pies desnudos cubiertos de barro, igual que si fuera uno de los árboles que la rodeaban en plena noche.

El sitio al que la trasladaron era un hospital pequeño y ruinoso, situado a las afueras de la ciudad. Los médicos, que las recibieron muy amablemente, acomodaron a madre e hija en un pequeño espacio destinado a emergencias. La joven, sentada a su lado, tomaba de la mano a su madre y le hablaba al oído:

“¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué huiste? ¿Qué pretendías hacer en el bosque a esas horas? ¡Y con la que estaba cayendo! ¿No pasaste frío? ¡Espero que no te hayas enfermado!”.

En realidad, tenía ganas de gritarle con todas sus fuerzas hasta romperle los tímpanos:

“¿Qué cojones estabas haciendo? ¿Me escuchas? ¿Qué cojones estabas haciendo? ¿Quieres morir? ¿De verdad quieres morirte? ¿Eso es lo que pretendías? Tendría mucho más sentido cualquier otra cosa, por ejemplo, que te diera una sobredosis de una puta vez. Pero, ¿esto? ¿Es que te has vuelto loca? ¿De verdad te has vuelto loca?”.

Por primera vez, se rebeló esa pregunta que durante años quiso mantener oculta. En realidad, era absurdo preguntarlo, porque si eso no era una señal de locura, no sé cuál lo habría sido. Igualmente, ella no respondía: aún afectada en cierta medida por los opioides, se encontraba sumergida en un sueño profundo.

(Lo que sigue tal vez no sucedió nunca, hay cosas que se recuerdan durmiendo y se narran como vividas. Ella lo siente como si hubiese pasado, pero luego sospecharía que no fue más que otra ilusión. Lo contado tal vez tampoco sucedió. Pocas veces recuerda que todo no fue más que un sueño del que nunca despertó).

✶98✶

Antes del estruendo del metal, hubo un instante que me pareció eterno en el que todo permanecía estático en el aire, incluidos nuestros cuerpos; y después, el golpe. Silencio denso, como si ya no hiciera ruido al respirar. La luz débil de las estrellas. Deseé morirme allí, sobre el asfalto, debajo de aquellas estrellas. Lloré mientras sonreía con los ojos cerrados. “Quizá esto es estar muerta”, pensé, no estaba tan mal después de todo.

Sin embargo, volví en mí para recibir la pregunta de aquel hombre: “¿Qué haces mirando hacia arriba si no hay estrellas?”. En ese momento, noté la sangre encerrada. Noté dolor en el pecho de no comer y en la barriga de no respirar. Noté su presencia en mi habitación del hospital.

Una habitación desoladora , oscura. Una camilla vieja, alguna toalla con el logotipo del hospital bordado, una triste lámpara de aluminio. Un aire helador, el ruido habitual de un centro de salud público. Casi habitual. El extraño ulular de un ave se repite atosigante. A mí me provocaba escalofríos, un mal presentimiento.

Ahora volvía como si nunca hubiese desaparecido, como si nunca hubiese desaparecido todos los días y todos los días no hubiésemos tenido que sentir ese pesar dentro de que yo fuera la única en llamarlos “papá” y “mamá”. Cerré los ojos, necesitaba tranquilizarme, eran demasiadas impresiones a la vez. Entonces, sentí una leve inclinación en una esquina de la cama, como si se hubiese sentado en ella y la hundiese un poco. Lo recibí bien, a pesar de no estar segura de saber quién era él, pero ¿y yo?

Tampoco yo.

✶99✶

¿Quién soy? Es una pregunta difícil.

Quizá amor con la exigencia de ser amado. Quizá solo contacto, atemorizada inexistencia ante la soledad. Alguien que necesita hallarse en muchos y sobra tanto en los demás. Alguien que odia el olvido porque no comprende el paradero de los recuerdos.

Un violín sin un hombro en el que llorar. No mucho más que un corazón de lágrimas o un puñado de lágrimas con corazón. Quizá solo un sueño, aunque rechace dormir, o solo un segundo, aunque deteste el paso del tiempo. Un orden desastroso.

Quizá solo el querer vivir, aunque ese "querer" carezca para mí de significado. El arrepentimiento de alguien que aparece justo cuando el nudo ya está en su cuello. Ese loco que busca a una cuerda para no ahorcarse. Esa persona que busca ser feliz, aunque ya lo sea.

Quizá una flor sin pétalos, a la que le arrancaron la oportunidad de saber si la querían o no. El escudo que persiste porque siente que aún quedan batallas por librar. No mucho más que huesos, una marioneta que rechaza el soporte de cualquier religión. Si existe un Dios solicito más señales y una disculpa.

No soy rebelde, pero rebelde es mi corazón. Porque hablo de menos, pero pienso de más . Porque mi felicidad camina coja, sostenida por el bastón de la pena. Porque me encapricho de abrazos, pero no brindo siquiera una sonrisa. Porque soy contradicción, o todo a la vez. Porque no, porque lo digo yo o porque está fregado.

Me basta tan poco para vivir, pero pido tanto. Somos demasiado complicados para la felicidad, algo tan simple. A veces siento la carga de que estoy aquí para hacer felices a demasiadas personas, no a solo una. No a mí. El amor propio, la sombra esclava del propio amor. Por querer lo perdido perdemos lo querido.

¿Cuándo es que dejamos de mirar las estrellas?, ¿o de oír los aullidos de la luna? ¿Cuándo es que dejamos de amar? Y, ¿quién soy? No sé quién soy. Es tan complicado hablar conmigo a veces.

✶100✶

–¿Quién eres?

–Soy un hombre invisible…

…Pero no uno de aquellos fantasmas que atormentaban a Charles Dickens en Navidad, ni tampoco el Hotel Transylvania es mi residencia. Soy un hombre real, de carne y hueso, e incluso cabe afirmar que demente. Si soy invisible ello se debe, tan sólo, a que tú eres la única que no se niega a verme. Cuantos se acercan a mí únicamente ven mi pasado, o inventos de su imaginación. Lo ven todo, cualquier cosa, menos mi presente. Si tú me olvidas quedaré muerto sin que nadie lo sepa.

De pronto sentí unas inmensas ganas de llorar, demasiadas emociones retenidas. Pero callo todos mis pensamientos y espero a que esa sensación se vaya. Me aterra que empiece a llorar y llore tanto que nada ni nadie pueda pararme, y las lágrimas llenen mi triste habitación de hospital y me falte el aire y arrastre a aquel hombrecillo conmigo y nos ahoguemos.

–No te preocupes, juntos aprenderemos a nadar de nuevo –dijo con voz quebrada, acompañada de una tierna sonrisa. Como si hubiese leído mis pensamientos, cosa que en realidad no me sorprendió. Al igual que el narrador, sabe lo que estoy pensando, claro que lo sabe, no sé cómo, pero lo sabe todo.

A mí se me vino entonces a la cabeza. Llevo años esperando, viendo cómo pasa mi vida, el tiempo, todo… menos él. Todos y cada uno de los momentos que vivimos juntos quedaron de tal modo impresos en mi memoria que siempre los revivía un segundo antes del desbordamiento de su sonrisa. El anciano que me sonreía era mi hermano.

No pude contener más el llanto. Lloré como hacía tiempo que no lloraba, tenía lágrimas enterradas tan profundamente que florecieron a borbotones. Le agarré del brazo como el que se agarra ardiendo a un clavo y nos dimos un abrazo casi al borde de mi endeble camilla. No sabía que una despedida podía doler tanto, hasta que tuvimos ese abrazo; y como esperaba, en él se invirtieron mis últimos latidos. Creo que seguí durmiendo después.

Acto seguido, llegaron enfermeros con camisas de fuerza y equipos de protección. El hombre se resistió ferozmente, tuvieron que ponerle una inyección tranquilizante. Con toda probabilidad, pasaría la noche en la sala de estabilización, inmovilizado de manos y pies.

Ella presenció todo aquello con animadversión. En el fondo, sentía rencor hacia su tío, no podía perdonarle la imprudencia de haber perdido la cordura. No obstante, en el momento en el que sus ojos se encontraron, se sorprendió al percatarse de que en los de su tío no había locura, tampoco rencor; no había más que miedo.

Durante un instante, sintió el peso de la culpa en su pecho. Pero se convenció a sí misma de que no debía ceder. Aquel era un peso que simplemente no podía cargar. Nadie la culparía por eso después de todo lo que había tenido que soportar con su madre.

Así terminó todo. Él siguió viviendo, aunque dejó de conversar. Pasaba los días murmurando cosas a solas. A pesar de los sedantes, aquella canción nunca paró de sonar en su cabeza.

✶102✶

Después de leer tantas cartas, me dirigí hacia el cuarto de mi madre y allí dejé su diario. Entre sus cosas, encontré un certificado que daba fe de la adquisición de una estrella a su nombre. La estrella de mi madre, su estrella guardiana. Puse mi cabeza en su cama, apoyando la frente. Y a pesar de la inmensa angustia que sentía, le hablé. Sí, a los muertos hay que ponerles flores, pero sobre todo hablarles:

"Nunca quise cambiar quién soy. Me gusta ser autista. Sin embargo, hay una sola cosa. Tengo problemas para expresar mis emociones. Desearía poder llorar apropiadamente. Mis ojos lloriquean hacia adentro.

Así, ¿cómo me despido de alguien que ha estado conmigo durante toda mi vida? ¿Cómo me despido de quien me dio mi nombre y el color de sus ojos? ¿Cómo me despido de ti, si veo tu cara cuando me miro al espejo? ¿Cómo me despido? Una parte de mí te extraña, la otra aún no puede perdonarte.

No pensé que sentiría tu funeral, pero te has ido para no volver y me duele. Veo borroso, tengo un nudo en la garganta. Eso que siempre supimos se sentía ahora desgarrador. Me pasé semanas vomitando sollozos.

Te amé toda mi vida, hubiese querido que lo supieras, lástima que no me di cuenta verdaderamente hasta que te perdí. No sabía cómo decírtelo pensando en que no lo hice en toda una vida, pensando en que no me perdonarías sin comprender la culpa que sentía. No merecías lo que te pasó, por lo que tuviste que pasar, aunque tampoco yo.

De cualquier modo, siempre supe que nos partiríamos el corazón mutuamente. Sentía que hacía tiempo ya de que te había perdido porque ni tú te dabas cuenta de lo perdida que estabas. No te diste cuenta de que algún día tú serías la madre de una hija. Yo podía luchar contra todo para quedarme contigo, pero no contra ti. Así que debiste sanar por mí, para que yo no tuviese que hacerlo en tu lugar".

–Adiós– solté en un susurro amable para no volver. Quería estar en ese mismo instante con mi madre, desaparecer, cualquier cosa, pero estar junto a ella.

✶103✶

Se puso los zapatos.
Dejó la puerta de la casa abierta al salir.
Afuera ya era de noche.
Siguió andando hasta adentrarse en el bosque.
Con la cabeza gacha, siguió y siguió andando.
Acabó empapada.
De lluvia, de sudor, de lágrimas.
De miedo, de paz.
Habría dado cualquier cosa por morir en ese momento.

El relato estaba ahí con todos sus giros y tormentas, solo faltó la verdad. Todo esto pudo haber sido una historia genial, de no haber estado todas las cartas escritas con su letra, de haber sucedido.

¿Y qué sucedió realmente? Pues que fue arrojada a la vejez y allí quedó condenada al hábito cruel de releer para siempre cartas con la tinta borrosa de masticar una y otra vez las mismas palabras de tinta seca, de tanto llorar sobre ellas. Hasta que llegó el momento en el que se obsesionó con destruirlas.

¿Y si luego las hubiera reescrito ella y no se acordaba? ¿Qué sabe nadie de sí mismo? La verdad quedaría en el olvido, murió jurando a su mente jamás recordarla. En un hogar roto nadie muere de verdad. Tú ya lo sabías; ahora lo confirmas.

No es que esperaras nada concreto de este libro en concreto. Eres alguien que desde un principio no esperaba ya nada de nada. Tú sabías que lo mejor a esperar era algo peor. Esta es la conclusión a la que has llegado, tanto en tu vida personal como en las cuestiones generales. Solo consideras que no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio, y ese es el suicidio, literal o emocional. Así comienza el mito de Sísifo de Albert Camus.

Compara nuestras vidas rutinarias con este mito sobre un personaje mitológico condenado por los dioses a empujar una roca hasta la cima de una montaña para que volviera a caer hasta el valle donde tenía que recogerla y volverla a subir arriba. Según Camus solo se suicida el que previamente ha querido otorgarle sentido a la vida; en cambio, quien acepta el absurdo vive con él. No es triste, es realista y profundamente humano.

✶105✶

Yo cavé mi propia tumba.
Normalmente, a ti te entierran.
En mi caso, yo misma me enterré.
Normalmente, alguien te acuesta.
En mi caso, alguien me hizo el ataúd
y yo misma me acosté.
Todo permaneció igual que como lo dejé.
La casa ahora en silencio, vacía.
Las maletas sin tocar, sin hacer.
Los crisantemos sin regar.
El pájaro observa desde la ventana,
esperando a que vuelva.
Después de mi muerte,
intenté volver,
pero no pude.

GRACIAS POR LEER ESTA NOVELA.

Lo fácil que es cambiar un libro por otro.
Amar, vivir y respirar una caligrafía,
y de la noche a la mañana, acostumbrarnos a otra;
sentir otro amor, otra vida, otro olor en las letras;
que son de un autor distinto,
pero que vamos a abrazar igual a la llegada de la noche.
Parece que no buscamos libros, ni siquiera historias,
sino tan solo sentir la luz tenue de las letras
para no hundirnos en la oscuridad.
–Valeria Caballero.